

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

LABERINTOS DE LA RAZÓN PRÁCTICA
Dos lecciones sobre ética y lenguaje en Wittgenstein
y su relevancia para las ciencias normativas

Dr. Minor E. Salas
Universidad de Costa Rica

Oscuro por exceso de luz
Coleridge

(Recibido 14/05/08; aceptado 26/11/08)

Teléfono 2511-5872
e-mail: msalas@derecho.ucr.oc.cr

RESUMEN

El artículo recoge dos lecciones sobre la concepción filosófica (ética) de Ludwig Wittgenstein. Se examinan las consecuencias que tiene esa concepción en el campo de las disciplinas normativas (derecho, ética, estética, moral, religión, etc.). Durante su primer periodo, Wittgenstein defendió una posición filosófica que hace radicalmente imposible la ética –y con ello las proposiciones normativas en general– de tal suerte que sobre dichos temas, al decir del filósofo austriaco, lo mejor es callarse. Durante su segundo periodo, que va a devenir, a la postre, en un relativismo lingüístico, se estima que el lenguaje de la moral, pero igual el lenguaje de cualquier otra disciplina del conocimiento humano (y de la razón práctica), consiste, básicamente, en unos ciertos *juegos lingüísticos* (Sprachspiele), o sea, en unas *formas de hablar* de sus interlocutores.

Palabras clave: Ética, moral, derecho, trascendencia, materia, espíritu, mundo, Dios, contingencia, necesidad, usos lingüísticos, criterios de validez, juegos del lenguaje, gramática, regiones del lenguaje, formas de vida.

ABSTRACT

Abstract: This article brings together two lessons on Ludwig Wittgenstein's philosophical (ethical) concept. It examines the consequences that this concept has on the scope of normative disciplines (Law, Ethics, Aesthetics, Moral, Religion, etc.). During his first period, Wittgenstein defended a philosophical position that turns impossible the practice of Ethics whatsoever –and, consequently, of normative propositions in general–, so that, regarding these topics –using the same words of the Austrian philosopher– the best one can do is to remain silent. During his second period, which, in the long run, turns out to develop an ethical relativism, the language of Morals, but also the language of other fields of human knowledge (and of practical reason), consists basically of certain linguistic games (Sprachspiele), that is, of some “talkways” of the interlocutors.

Keywords: Ethics, Morals, Law, transcendence, matter, mind, world, God, contingency, necessity, linguistic uses, criteria of validity, language games, grammar, language regions, ways of life.

SUMARIO

Presentación

La vida como obra de arte

El primer Wittgenstein

El segundo Wittgenstein



SALAS: Laberintos de la razón práctica...

PRESENTACIÓN

Durante el año lectivo del 2007, ofrecí a los estudiantes del curso de Filosofía del Derecho, en la Universidad de Costa Rica, las dos lecciones que a continuación se transcriben.⁽¹⁾ En ellas traté de brindar una visión lo más clara y didáctica posible de algunas de las ideas fundamentales de **Ludwig Wittgenstein (1889-1951)** sobre el tema de la ética, del lenguaje y su relevancia para las ciencias normativas en general (derecho, ética, estética, ciencias sociales).⁽²⁾ Es de asumir que, por el contexto en que se presentaron esas ideas, existan, en el plano formal, algunos giros lingüísticos coloquiales (y también literarios), que no he querido suprimir para mantener así la máxima claridad expositiva y cierto “colorido” en el texto. En todo caso, sigo creyendo que el tratamiento que le di a algunos problemas normativos es rescatable, especialmente como una breve introducción al pensamiento de este filósofo que, de por sí, resulta ya bastante enigmático para un público no familiarizado con su pensamiento.

Siguiendo un orden lo más claro posible, dividiré el trabajo en **tres** partes: **(a)** la primera, consigna algunos datos biográficos de Ludwig Wittgenstein que me han parecido pertinentes para ubicar “vivencialmente” al autor dentro su obra; **(b)** una segunda parte en la cual, de acuerdo con los cánones hermenéuticos hoy día aceptados en la literatura especializada sobre el tema, se presenta al “primer” Wittgenstein, como el padre de una concepción (positivismo lógico) plasmada en el *Tractatus Logico Philosophicus*; **(c)** finalmente, en la última parte de la presentación me refiero al “segundo” Wittgenstein, propio de las *Investigaciones Filosóficas*, que tanta influencia han tenido en las más distintas esferas de la filosofía y de las ciencias sociales del siglo XX.⁽³⁾

-
- (1) Le debo mi especial agradecimiento a mi asistente el Sr. Alejandro Guevara Arroyo por haber transcrito una primera versión de este documento, así como al Sr. Jaime Cerdas Peña por haber gravado las dos lecciones que aquí se ofrecen al lector, de manera muy corregida y ampliada.
 - (2) Al respecto, la obra que, a pesar del tiempo, me sigue pareciendo fundamental es la de Hanna Fenichel Pitkin, *Wittgenstein: El lenguaje, la política y la justicia. Sobre el significado de Ludwig Wittgenstein para el pensamiento social y político*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984.
 - (3) La discusión sobre si el segundo Wittgenstein es o no una continuación del primero y en qué grado o si más bien se trata de una ruptura radical, no es relevante para los efectos perseguidos aquí.



SALAS: Laberintos de la razón práctica...

LA VIDA COMO OBRA DE ARTE

Apuntes biográficos sobre Ludwig Wittgenstein (1889-1951)

Existe más diferencia entre un hombre y otro hombre que entre dos animales de diferente especie.

M. DE MONTAIGNE

Al leer las biografías de individuos extraordinarios, de personajes singulares en la historia del pensamiento, uno se percata que un rasgo común en ellos, salvo algunas excepciones, es que por múltiples motivos (vitales unos, intelectuales otros, anímicos aún otros) cultivaban una visión particular del mundo, “mantenían su inteligencia a una temperatura independiente de la temperatura del medio que habitaban.” (Gómez Dávila)⁽⁴⁾. Espíritus, por lo general solitarios, que convertían su rencor –y su genio– en filosofía, en (contra-)cultura, en fermento pensante. Ellos trataban de mirar las cosas desde nuevos ángulos, buscando lo extraordinario en lo ordinario, lo novedoso en lo trivial, pues, al decir de Waismann: “Lo característico de la filosofía [al menos de cierto tipo de filosofía] es atravesar esa costra muerta de tradición y convención, romper esos grilletes que nos encadenan a los prejuicios heredados, así como acceder a un modo de ver las cosas nuevo y más amplio.”⁽⁵⁾

Si uno reduce la mayoría de los fenómenos vitales a su expresión mínima –y la expresión mínima está dada, para estos efectos, por dos conceptos: materia y espíritu, o cuerpo y mente– entonces concluye que en cuanto al espíritu no se puede decir mucho y en cuanto a la materia la que más interesa al hombre es el *propio cuerpo*.⁽⁶⁾ Hay que partir acá

-
- (4) Localizables en la dirección electrónica:
<http://www.letraslibres.com/index.php?art=12885> el día 16/04/2008.
- (5) Waismann, F, “Mi visión de la filosofía” en: *La concepción analítica de la filosofía*, 2 tomos, selección e introducción de Javier Muguerza, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 522.
- (6) No sostengo acá que la clásica división o dicotomía entre “mente” y “cuerpo”, o entre “materia” y “espíritu” sea correcta o no. Para mí, se trata de un asunto de distintos “juegos del lenguaje”, entrelazados de manera inextricable. El uso que acá se hace de dichos términos obedece, básicamente, a un propósito didáctico, que consiste en exponer, de la forma más fiel posible, la visión que al respecto tenía el Wittgenstein del *Tractatus*.

de lo señalado, ya no por el solitario Wittgenstein, sino por el solitario Nietzsche: uno aprende a ver, a sentir y oler, a apreciar y despreciar el mundo sobre la base de cómo uno responda a dos interrogantes vitales: ¿cuán “sano” sea mi cuerpo? y ¿cuán “sana” sea mi mente? Cuerpo y espíritu fusionados en lo indivisible. Las respuestas que un pensador (que no por ello menos hombre) le dé a estas preguntas marcan, en buena medida, su filosofía, su visión de mundo, su cosmovisión. No en vano decía Nietzsche que toda filosofía es, en algún grado, *fisiología* de primer orden.⁽⁷⁾ El hombre es sus enfermedades, nos decía Unamuno⁽⁸⁾, y nosotros agregaríamos, es sus temores, sus complejos vitales, sus ángeles y demonios. “Creer en la filosofía es, pues, un signo de buena salud. Lo que no lo es, es ponerse a pensar.” (Ciorán)⁽⁹⁾. Esto, quizás, sea también aplicable a Ludwig Wittgenstein, pues tan complejo como fue su autor y su vida, así fue también su filosofía: ¡mezcla de concepto y carácter, de neurona y sangre!

Para no seguir por este camino, que veo resulta bastante enigmático para ustedes –así sea– regreso a mi punto de partida. Decía que muchos personajes en la historia del pensamiento tienen una forma peculiar de percibir la realidad: no la usual, la corriente, la gastada, y para los cuales el medio vulgar se convierte en monotonía, hastío. Algunos de esos personajes, dentro de los cuales está el propio pensador comentado, decidieron –si se quiere poner así– hacer de su vida un *espectáculo* (espectáculo que deberíamos emular para alcanzar una vida digna, no sombra fallida de ideales muertos). Por supuesto, uno tendría, para lograr esta alta meta, que “tomar las armas y luchar contra un piélago de calamidades” (prejuicios, miedos, complejos y

(7) En algunos sitios Nietzsche se autodefine, no como filósofo, sino como fisiólogo: “...*Wir Physiologen wenigsten wissen das*. [Nosotros los fisiólogos sabemos eso.] *Lexikon der Nietzsche-Zitate*, editado por Johann Prossliner, prólogo de Werner Ross, Kastell, Munich, 1999.

(8) Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, Ediciones Orbis, S.A., Madrid, 1984, p. 17: “Aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre. Es más: hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya, respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad.”

(9) Cioran, E.M., *De lágrimas y de santos*, trad. de Rafael Panizo, TusQuets Editores, 3. edición, Barcelona, 1998, p. 43.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

temores: propios y ajenos). Pero si algunos de esos singulares individuos lograron tal propósito, no veo porqué no pueda uno, al menos, intentarlo, pues en ello se nos va –literalmente– la vida. Luego veremos que esta dimensión vital y acaso tragi-cómica de la existencia tiene importancia en la comprensión del autor que nos ocupa.

El caso Wittgenstein es un caso singular, único. Un caso clínico. Personaje al que (y en esto comparto su visión de mundo) el entorno le resultaba especialmente *intimidante*. Quizás por considerarlo básicamente superficial e hipócrita. “Habitualmente sus pensamientos eran sombríos. Se sentía desalentado por la falta de sinceridad, la vanidad y la frialdad del corazón humano.”⁽¹⁰⁾ Wittgenstein era, por suerte, un individuo arrogante, desenfadado intelectualmente (poco “humilde” diríamos en nuestro país) que partía justamente de un presupuesto. El presupuesto de que no hay muchas cosas nuevas que decir (al menos en el plano filosófico) y que lo que generalmente los intelectuales dicen (incluidos los filósofos, a quienes consideraba unos “estúpidos y deshonestos” que “cometían repugnantes errores”)⁽¹¹⁾ era, o bien un conjunto de frivolidades o bien de cosas que no valía la pena discutir, por tratarse de pseudo-problemas. Él trató de separarse de ese estado de cosas...y lo logró.

Su vida –partiendo de la constatación de que toda vida debe ser *puesta en escena*– fue particular, singular, mejor aún, extraordinaria. Atravesó por una serie de etapas (al menos **dos**) marcadas por esa percepción única y profunda de la realidad. No sentía gran respeto por sus contemporáneos, prácticamente por ninguno de ellos, pues todos les parecían, mal que bien, despreciables (y vean ustedes que las personas con las cuales se relacionaba eran pocas: ¡Bertrad Russell incluido!). Era, por ende, un sujeto solitario, carcomido por la duda y el complejo: “Mi vida está llena de los pensamientos y actos más aborrecibles y despreciables (y esto no es una exageración)”.⁽¹²⁾

(10) Malcolm, N., “Ludwig Wittgenstein”, en: *Moore, Russell, Wittgenstein. Los orígenes de la filosofía analítica*, W.P. alston et. al., Editorial Tecnos, Madrid, 1976, p. 134.

(11) *Ibid.*, p. 128.

(12) *Ibid.*, p. 129.

Veamos las etapas, las estaciones –inviernos y veranos contenidos– por las que pasó el autor (no en orden cronológico, sino de manera aleatoria)⁽¹³⁾:

- Siendo muy joven (o relativamente joven, 1913) heredó una gran fortuna de su padre. Sin embargo, consideraba (y yo creo que con mucha razón) que la capacidad de una persona de ver cosas, de ver con más luz es inversamente proporcional a la cantidad de dinero que tiene y a la cantidad de comodidades que posee. ¡Dime cuánto tienes y te diré qué tanto ves! ¡Dime cómo vives y te diré cuán interesante eres! Esa es, pareciera, la tesis de Wittgenstein, pues partiendo de eso donó una gran cantidad de millones (no creo que de colones) a una causa curiosa, cual es favorecer a gente (escritores) que tuvieran ideas interesantes. Entonces, le regaló una buena suma de dinero a Rainer Maria Rilke y a algún otro pensador. El resto lo donó en especial a sus hermanas hasta quedar prácticamente sin recursos económicos. ¡Pobre de bienes, rico de nobleza!
- Después de eso (hacia 1919), escribió algunas cosas (esencialmente apuntes), dentro de las cuales se encontraba, nada más y nada menos, que el *Tractatus Logico-Philosophicus* (publicado, finalmente, en el año de 1921 en los *Annalen der Naturphilosophie*). Con este texto, el cual es muy propio de su visión de mundo y de su arrogancia consustancial, cree haber resuelto la mayoría (si no todos) los problemas filosóficos. Hasta el propio Bertrand Russell, uno de los más lúcidos pensadores de los siglos XIX y XX, creía algo similar, aunque con mayor escepticismo, según se desprende del Prólogo que escribió para el texto en 1922: “Teniendo larga experiencia de las dificultades de la lógica y de lo ilusorio de las teorías que parecen irrefutables, no soy capaz de asegurar la exactitud de una teoría fundándome tan sólo en que no veo ningún punto en que esté equivocada. Pero haber construido una teoría de la lógica, que no es en ningún punto manifiestamente errónea, significa haber logrado una obra de extraordinaria dificultad e importancia.”⁽¹⁴⁾

(13) Para la bio-biografía de Ludwig Wittgenstein ver: Malcolm, N., en: *Moore, Russell, Wittgenstein. Los orígenes de la filosofía analítica*, W.P. alston et. al., Editorial Tecnos, Madrid, 1976; Thomas H. Macho, *Wittgenstein*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 2001.

(14) Russell, B., “Introducción” al *Tractatus Logico-Philosophicus* [en adelante citado simplemente como el *Tractatus*] en: *Werkausgabe* Band 1,

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

- Durante cierto periodo (1914) se enlistó en el ejército. Cayó preso durante la guerra mundial. Después regresó de la guerra y fue dado de alta, solicitando trabajo en un monasterio como jardinero y ahí trabajó un cierto tiempo (1926). Cometió lo que, para mí, será el error de su vida. Este **sí** que es un error imperdonable. Cultivar flores, digamos que se le tolera, pero lo que no se le tolera es “dar clases”. Lo nombran algún tiempo de maestro. No seamos injustos: digamos que el error fue, en algún grado, tolerable porque le daba clases a niños en Trattenbach, baja Austria (hacia 1920). Fue un maestro exigente.
- Posteriormente, se retiró viviendo, si se quiere, una vida solitaria, hasta que fue convencido, nuevamente, por algunos amigos que habían leído el *Tractatus*, para que diera clases, ya no a niños, sino en Cambridge, en una Cátedra de Filosofía que había dejado una persona muy conocida en esos momentos: el señor George Moore. Wittgenstein, de mala gana se podría decir, aceptó durante algunos años y allí modificó radicalmente la visión de mundo que había plasmado en su *Tractatus*. También cambió la perspectiva que tenía sobre temas como el lenguaje, la lógica, la ética y, finalmente, llegó a la conclusión (¡tardó mucho!) de que no estaba hecho para impartir lecciones. Generalmente, los estudiantes no le entendían o, en su defecto, producía crisis graves, como sucedió con uno de sus discípulos: Waismann. Paulatinamente, se quedó sin estudiantes, hasta que decide, finalmente, salirse de esas labores y abandonó la docencia (hacia el año 1947).
- También durante un periodo de tiempo se dedicó a construir una casa, una especie de Palacete en Viena para su hermana, pues recordemos que de su formación en Berlín (Escuela Técnica Superior de Charlottenburg) había adquirido conocimientos de ingeniería, antes de dedicarse a la Filosofía. La arquitectura –esa música congelada, al decir de Goethe– era algo que le satisfacía.
- Nunca dio conferencias públicas (en sentido estricto). Hay algún debate sobre si, su famosa “conferencia de ética”, dada en un grupo de estudio llamados “Los Heréticos”, puede calificarse

Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft, Frankfurt am Main, Alemania, 1984. Hay muchas ediciones en español.

Revista de Ciencias Jurídicas N° 120 (41-88) setiembre-diciembre 2009

como tal. Dar conferencias no le parecía muy digno. Creo que en eso tenía razón. Las conferencias no sirven, prácticamente, para nada (incluidas las mías propias, por supuesto).

- Wittgenstein murió el 29 de abril de 1951, siendo sus últimas palabras, como por una inclinación *pre-mortem* por la paradoja: “Diles que he tenido una vida maravillosa.”⁽¹⁵⁾

En resumen: señoras y señores, como ustedes ven (¿ven?), la vida de Ludwig Wittgenstein, de este singular personaje, es policromática, colorida (¿o debería decir clarscura?). Es, como decía un experto conocedor de su biografía (Thomas H. Macho): “una vida como mito, como experimento, como proyecto singular y peligroso”⁽¹⁶⁾. Se trata, en fin, según la imagen de un pensador español, de una *obra de arte*. ¿Pues de qué otro modo se ha de tratar la vida sino como obra de arte? Obra importante, dicho sea de paso, porque o se hace bien o se construye un desparpajo de obra (en cuyo caso desperdiciamos la vida...y la obra). Wittgenstein, creo yo, puede darse el lujo de decir que construyó una obra de las más influyentes en el siglo XX. Y eso, es un logro...

¿Qué he tratado de decirles con todo esto? Que el personaje (Ludwig Wittgenstein), en sí mismo, es digno de atención. Es digno de reflexión. Es un hombre interesante. Que vale la pena estudiar su vida, leer su evolución en el nivel del pensamiento y del espíritu. Es alguien que llegó a creer en algún momento, aunque Russell no se mostró seguro al respecto, que los problemas que habían acosado a la humanidad durante dos mil años habían sido, finalmente, resueltos... por ÉL. Damas y caballeros: para creer eso, al menos para llegar a pensarlo y decirlo abiertamente, hay que tener voluntad, personalidad y carácter. Es facilísimo ser “humilde” (como decimos en nuestro folclórico medio): uno agacha la cabeza y se comporta como un imbécil: no habla, trata de no molestar a la gente, no tiene aspiraciones altas, en resumen, no *piensa*. Esa es la humildad de nuestro pueblo.

(15) Citado por Norman Malcolm, *op.cit.*, p. 135.

(16) Thomas H. Macho, *Wittgenstein*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 2001, p. 12: “Ein abgrundtief moderner Geist, der sein eigenes Leben als Mythos, als Experiment, als singuläres, stets gefährdetes Projekt zu inszenieren versuchte.”

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

Ser humilde, pues, es sencillo, pero ser pedante y pedante con fundamentos, requiere “voluntad de poder”, aparte de talento, por supuesto.⁽¹⁷⁾ Es decir, no todo el mundo tiene carácter para ser arrogante y el estado de la mente en que uno tiene que ponerse para decir: ¡yo resolví todos los problemas que han aquejado a la humanidad durante dos mil años! (tal y como se dice en la Introducción del *Tractatus*: “Quizá este libro solo puedan comprenderlo, aquellos que por sí mismos hayan pensado los mismos o parecidos pensamientos a los que aquí se expresan... [P]or otra parte considero que la verdad de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva, soy pues de la opinión que todos los problemas han sido en lo esencial, resueltos”)⁽¹⁸⁾ es, repito, un estado de la mente especial, de seguridad absoluta en sí mismo, de fuerza, de coraje intelectual. Todo ello más allá de que, finalmente, se esté en el error. Pero, ¿acaso no es la verdad el último estadio del posible error?

Esta breve nota biográfica era lo primero que quería apuntalar. Pasemos, ahora, a una pregunta, o mejor aún, a una observación que también es parte de esta introducción y en la cual me voy a extender un poco porque creo que apunta hacia lo esencial del pensamiento del primer Wittgenstein. Para leer el *Tractatus* o la Conferencia sobre Ética se presupone, en alguna medida, todo esto que he señalado acá, incluida, por supuesto, la nota biográfica. No se puede entender la obra de un filósofo si no se conocen sus achaques y manías. Hombre y pensamiento no son cosas ajenas, líneas tangentes. Se le puede entender en un sentido formal, pero si se quiere realmente comprender aspectos centrales, es necesario (o al menos conveniente) comprender también el contexto vivencial. ¿Acaso no es la filosofía el rencor de los solitarios?

(17) Un ejemplo de la “arrogancia intelectual” de Wittgenstein lo constituye la conocida anécdota en la que participan Karl R. Popper y Bertrand Russell, en la cual Wittgenstein, al parecer, trató de agredir físicamente a Popper con un atizador de chimenea después de escuchar a éste último referirse a ciertas cuestiones filosóficas. Al respecto, consultar el entretenido (e informativo) libro de David J. Edmonds y John A. Eidinow, *Wie Ludwig Wittgenstein Karl Popper mit dem Feuerbaken drombte. Eine Ermittlung*, del original en inglés por Suzanne Gangloff et al., Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt am Main, 2003.

(18) Prólogo al *Tractatus*.

Revista de Ciencias Jurídicas N° 120 (41-88) setiembre-diciembre 2009

EL PRIMER WITTGENSTEIN Sobre la imposibilidad lógica de la ética

Wenn etwas gut ist, so ist es auch göttlich.
Damit ist seltsamerweise meine Ethik
zusammengefasst. [Si algo es bueno,
también es divino. Con ello se resume,
extrañamente, mi (concepción) ética].

WITTGENSTEIN

Inventando el lenguaje y el conocimiento. Para presentar la segunda parte de mi exposición, voy a valerme de un texto de otro individuo arrogante y solitario que, en lo particular, me resulta especialmente cercano, me refiero al señor Federico Nietzsche. Este autor tiene un artículo, un trabajo breve, no más de diez páginas, que se llama: *Sobre verdad y mentira en sentido extra-moral*.⁽¹⁹⁾ Entonces, trataré de explicar un poco cuál es el presupuesto en la comprensión de Wittgenstein a partir de una idea expuesta en ese texto. Leamos, con cierto cuidado y atención, el primer párrafo de este trabajo de Nietzsche. Por favor prestémosle toda la atención del caso:

“En algún apartado rincón del universo centelleante, desperdigado de innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro, en el que animales astutos inventaron el conocimiento. Fue el minuto más soberbio y falaz de la ‘Historia Universal’: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras un par de respiraciones de la naturaleza, el astro se entumeció y los animales astutos perecieron. Alguien podría inventar una fábula como ésta y, sin embargo, no habría ilustrado suficientemente cuán lamentable y sombrío, cuán estéril y arbitrario es el aspecto en el que se presenta el intelecto humano dentro de la naturaleza. Hubo eternidades en las que no existió; cuando de nuevo se acabe todo, para él no habrá sucedido nada, puesto que para ese intelecto no hay ninguna misión ulterior que conduzca más allá de la vida humana. No es sino humano, y solamente su poseedor y creador lo toma tan patéticamente como si en él girasen los goznes del universo. Pero si pudiéramos entendernos con un simple mosquito, llegaríamos a

(19) Nietzsche, N., “Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinn”, en: *Digitale Bibliothek*, Tomo 2: Philosophie, selección en introducción de Frank-Peter Hansen, Directmedia Publishing GmbH, Berlin, p. 66724.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

saber que también él navega por el aire poseído de ese mismo pathos, ese mismo orgullo y se siente el centro de este mundo”.⁽²⁰⁾

¿No sé si queda lo suficientemente claro lo que Nietzsche expresa aquí? ¿Qué se puede concluir de este hermosísimo texto? ¿Lo entienden ustedes (¡o me sigo entreteniendo yo mismo, en este monólogo!)? Me parece que podemos concluir varias cosas, siendo la más importante ésta: La **contingencia** (y entiéndase por contingencia el carácter absolutamente excepcional de varias situaciones):

- El carácter excepcional de la vida (humana) en este planeta.
- El carácter excepcional del desarrollo del pensamiento, por parte de esa vida humana.
- El carácter excepcional de esas dos condiciones conjuntamente.

Creo que este es, básicamente, el presupuesto inicial y, sin embargo, este “animal astuto” que surge de manera excepcional, azarosa, dentro del tiempo total que cubre la historia del universo (hoy sabemos que se extiende por varios miles de millones) es, simplemente, un segundo, un destello, un relámpago que regresará luego a la noche primigenia, al estado del desierto original, constatándose así la sentencia del gran Leopardi: “*L’infinita vanità del tutto*”. Esta es la regla, al menos hasta donde sabemos.

Pero, si tenemos estas condiciones cosmológicas, ontológicas y antropológicas básicas, surge una cuestión que –ya con esto nos acercamos más al pensamiento central de Wittgenstein– es la siguiente: ¿Sobre la base de qué, o mejor aún, cuál es el cimiento por el que nosotros (los seres humanos, estos “animales astutos”) afirmamos que este conocimiento particular, singular que hemos desarrollado, capta el mundo y el universo? Y no solamente que capta el mundo y el universo físico, sino que capta lo que está más allá de este mundo y este universo. ¿Cuál es nuestra autoridad para sostener semejante cosa? ¿No creen ustedes que si hubiera alguna forma de constatarlo, también esa hormiga –que en este momento pasea por el piso del salón– afirmaríala que ella y su “cultura” han captado la esencia del universo, del mundo en su esencial realidad?

¿No es este el “momento más arrogante en la historia.”? ¿Cómo se supone que, con el lenguaje de estos “animales astutos”, se ha de captar la trascendencia? ¿De dónde procede la autoridad para sostener

(20) *Idem.*

semejante idea? ¿Quién nos ha dado esa autoridad? O incluso, para efectos prácticos de ustedes –si lo que estoy diciendo no les parece “práctico”– ¿por qué creemos que nuestra autoridad y dignidad se sobrepone no solo a las hormigas que uno mata por allí cuando camina [“Pero si pudiéramos entendernos con un simple mosquito...”], sino también, después de inventar el conocimiento, decimos que ese conocimiento capta, aprehende el mundo, este mundo que conocemos, visible, así como otros mundos por descubrir, otros mundos posibles. Y se repite el interrogante: ¿Cuál es la razón suficiente, el *principium rationis sufficientis* del que hablaba Leibniz, para afirmar categóricamente tal pensamiento? ¿Dónde reposa la jurisdicción, el imperio de este “animal guardamuertos”?

Realidad física y realidad valorativa. El problema de la trascendencia. Así, pues, nos dice Nietzsche, solo porque hemos creado un lenguaje –el gruñido elaborado y sofisticado de una forma de homínido (*i.e.*, de animal astuto, de animal guardamuertos), solo porque ese homínido se puso de pie y logró enderezar su traquea y logró que el aire pasara por su faringe emitiendo luego sonidos, decimos: “El lenguaje capta lo trascendental”. Y si existe lo trascendental, este mundo es valioso, tiene sentido. Pero, por otro lado, nos dice esta vez Wittgenstein: “En el mundo todo es como es y acaece como acaece”. Y luego agrega: “[...]en el mundo] en él no hay ningún valor, y aunque lo hubiese no tendría ningún valor.”⁽²¹⁾ La pregunta capital: ¿Sobre qué presupuesto mantenemos, pues, que en este mundo, en este universo, las cosas, no son como son sino que tienen un valor, nuestro valor? ¿Por qué tiene que existir el valor en un “apartado rincón del universo”? ¿Un valor sobre qué? ¿De qué tipo? ¿Por qué decimos que hay un valor? Y si un valor es algo que, supuestamente, viene desde fuera del mundo, en términos de Wittgenstein, entonces, ¿dónde se ha de ubicar ese fuera del mundo? ¿En el Paraíso? ¿En el Cielo? ¿Pero existe el Paraíso? ¿Existe el Cielo? “El cielo yo lo dejo a los ángeles y a los gorriones.”(H. Heine)

La única base que tenemos para decir, para creer que aquí hay un valor trascendente y que no todo ha sido un juego macabro, un sin sentido, un mundo de tinieblas, la única base, repito, que se me ocurre a mí es que exista **Dios** (aunque Wittgenstein no lo expresa con estas palabras, sino en términos de “trascendencia”, de lo “místico”).

(21) Wittgenstein, L., *Tractatus*, prop. (6.41).

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

Hagamos un experimento mental: Imaginemos que yo tomo este borrador de pizarra que tengo ahora en mis manos y logro purificarlo, esterilizarlo de cualquier forma de vida; lo meto en cianuro y luego lo saco y lo meto nuevamente en una cápsula hermética sin oxígeno y con un gas letalmente venenoso. Entonces, ya purificado de toda forma de vida, lo tomé y lo lanzo en “algún apartado rincón del universo” (remoto, muerto, estéril) y millones de años después, este objeto se cubre de moho y nacen allí unos organismos microscópicos que luego colonizan ese mundo, evolucionan y tras millares y millares de años “inventan” el conocimiento y luego que lo inventan dicen: “Esto y aquello tienen valor (que no es de este mundo), pues en este mundo todo es como es y acaece como acaece.”

La única forma en que se puede afirmar consecuentemente esto, es que exista alguien o algo que le haya otorgado valor y ese algo o alguien no puede ser de este mundo. Por lo tanto, dice Wittgenstein: “El sentido del mundo debe quedar fuera del mundo.”⁽²²⁾ Pero entonces, señoras y señores, veamos que la salvación, la redención prometida, el sentido de la existencia solamente está garantizado, no por la mundanidad y la corrupción, la muerte y la decadencia, donde todo es lo que es y acaece como acaece, sino por Dios mismo. Pues:

“No soy nada fuera de Dios, y Dios no es nada fuera de mí.
Soy su brillo y esplendor,
Él es mi Pastor.”(Angelus Silesius)⁽²³⁾

Esta no es, empero, una idea inocente en el campo de la razón práctica. Lo expresado –tal vez en tono metafórico, aunque necesario para esclarecer el oscuro pensamiento de Wittgenstein– es el presupuesto de toda ética. El hecho de que haya un **axioma fundamental** (llámese Dios, la Razón, la Dignidad o lo Místico) es el principio de razón necesario por el cual se fundamenta la ética, porque, de lo contrario: ¿cómo se explicaría el valor, en un mundo en el que todo es –en su sentido más brutal– físico, físico y nada más que físico?

Entonces, concedamos que ese es el presupuesto que hace posible la ética. Concedamos también que existe Dios o que existe

(22) *Ibid.*, prop. (6.41).

(23) Silesius, A., *Cherubinischer Wandersmann*, kritische Ausgabe, Reclam, Stuttgart, 2001, p. 43:
“Jch bin nicht ausser GOtt,
und GOtt nicht ausser mir
Jch bin sein Glantz und Liecht
Und Er ist meine Zihr.”

“algo” (¿la Trascendencia? ¿lo Místico?) que le da sentido a esto que conocemos (o que decimos conocer) y que ese es un presupuesto del cual han partido casi todas las culturas (no importan si fueron los Aztecas, los Incas, los Mayas, lo Egipcios, los Romanos), pues se sabía (o al menos se intuía) que sin esa base, es decir, sin un *presupuesto esencial de carácter metafísico*, una ética fundamental (en el sentido de una ética que fundamente sus decisiones valorativas) es un imposible.

Más allá de este presupuesto axiológico, la cuestión que se plantea Wittgenstein es la siguiente: Admitamos que existe efectivamente el valor, pero si existe, eso que existe no puede estar estrictamente en este mundo, porque si está en el mundo no puede darle sentido trascendente al mundo. En el mundo todo es lo que es y acaece como acaece, de tal suerte que el sentido del mundo tiene que estar fuera de él, y si está fuera del mundo significa que es trascendente: Todo valor es trascendental. “Es claro que la ética no se puede expresar.”⁽²⁴⁾ “La ética es trascendental.”⁽²⁵⁾ Ahora bien: ¿Por qué es la ética trascendental? Porque si hay una ética, es decir, si existe realmente una teoría del valor –que no una teoría del mundo físico, del mundo de la degeneración y la corrupción, sino una teoría del valor– esa teoría del valor tiene que estar sobre el mundo y al estar sobre el mundo es trascendental. Esta es, como se puede ver, la implacable lógica de Ludwig Wittgenstein, una lógica, sin duda, siniestra, aciaga, impenetrable.

Y aquí viene la pregunta de las preguntas: Si esta situación es así, si el mundo fenomenológico, factual que conocemos obedece a esta lógica: ¿Cómo se puede captar lo trascendental? ¿Cómo puede una mente que ha sido producto de eso, del mundo físico (al menos que consideremos nuestra mente trascendental, pero resulta que nuestra mente no puede ser trascendental porque surgió de las condiciones *biológicas* de la vida, *rectius*: surgió de las condiciones *zoológicas* de la vida) captar lo trascendental? ¿No nace acá la arrogancia a la que refería Nietzsche? ¿El “hediondo orgullo” al que refería Leopardi? ¿Cómo puede un ser que no es trascendental, decir, afirmar, atreverse a decir, que el lenguaje que posee capta lo trascendental? ¿Qué es la plegaria, la oración religiosa, sino un intento por captar lo trascendental? ¿Qué es pronunciar el nombre de Dios –en muchas culturas el nombre de Dios está prohibido

(24) Wittgenstein, *Tractatus*, prop. (6.42.1).

(25) *Ibid.*, prop. (6.421).

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

pronunciarlo— sino un intento de atraer lo trascendental hacia sí, hacia el corazón humano? ¿Pero se puede captar lo trascendental con un lenguaje zoológico? ¿Con qué derecho me atribuyo yo esta potestad?

Este es, si ustedes miran bien la situación, el *problema epistemológico*, o sea, el problema del conocimiento del valor que se suma, como segundo momento, al ya explicado *problema ontológico* de la existencia o no del valor.

Entonces, repito: asumamos, a título de hipótesis heurística, que Dios efectivamente existe, pero de existir es trascendental. ¿Y contamos nosotros con los medios adecuados para captarlo, para percibirlo, para hacerlo nuestro? ¿La vista, el ojo, el oído o el corazón? Señoras y señores, un mosquito tratando de comprender el origen del Todo (si es que ese Todo existe), no puede captarlo y, por eso, algunas culturas y tradiciones religiosas me parecen a mi mucho más consecuentes. Vean ustedes que si, eventualmente, Dios existiera (¡vaya cosa más fantástica y fabulosa sería esta!), si Dios existiera, repito, significaría que existe la posibilidad, qué digo la posibilidad: la realidad, de lo trascendental, existiría el valor absoluto, existiría lo meritorio, bueno y bello más allá de lo factual; es decir, que nosotros no seríamos meramente contingentes, que somos algo valioso, no simple polvo en el viento. “¡Queremos bulto y no sobra de inmortalidad!” (Unamuno)⁽²⁶⁾. Y si existiera Dios, entonces cada vez que uno pronunciara la palabra ‘Dios’, tendría que caer postrado como una criatura humillada, como una lombriz pisoteada por un ángel maligno, revolcándose en el suelo ante el hecho de pronunciar semejante palabra, con un júbilo infinito, y con un goce indescriptible, porque existiría el sentido ‘de’... No todo sería, al decir de Quental, “*silêncio e escuridão – e nada mais!*” (¡silencio y oscuridad, y nada más!).

¿Se dan cuenta ustedes? Por eso es que yo no voy a la Iglesia. Cada vez que voy a la Iglesia y escucho: “Dios, padre nuestro que estás en el cielo...” no dejo de caer en un estado de pasmo y asombro, pues “Dios es una nada estruendosa”(Silesius)⁽²⁷⁾. Me digo: entonces, allí está el sentido del mundo, esa es la posibilidad del valor. Sin Él soy nada. Con Él, nada absoluta. Pero, de existir, ¿cómo captarlo? ¿Cómo caminar de la mano junto a Él?

(26) Unamuno, M., *op. cit.*, p. 34.

(27) Silesius, A., *op. cit.*, p. 31.

Hay culturas religiosas que dicen: ¡No! El lenguaje no puede captar lo trascendente. ¿Por qué? Porque es lenguaje: o sea, articulación de sonidos producidos por materia, es decir, fenómeno físico. ¿Y cómo puede lo físico captar lo no-físico? Otros dicen: lo mejor es no pronunciar el nombre de Dios. Guardar silencio. Permanecer impávido. Nuestra cultura religiosa (básicamente de origen cristiano), paupérrima en su iconografía y escatología, lo pronuncia a cada instante, mediante misas, congregaciones, ofrendas y oraciones. Por eso, decía Nietzsche, la religión cristiana es una religión de plebeyos. ¿Cómo va uno a orar a Dios? No se puede. Si alguien me garantiza en esta clase que Dios existe, no solo aprueba este curso de Filosofía del Derecho, sino que también yo me despido de esta Facultad, qué digo: de esta vida. ¡Ya! Subo al quinto piso y me lanzo, con la Biblia en la mano, pues ella sería el sentido de...Todo. Al decir del dolido Unamuno:

“De lo hondo de la congoja,
del abismo del sentimiento de nuestra mortalidad,
se sale a la luz del Cielo.”⁽²⁸⁾

Pero, resulta que nada de esto es, según el pensamiento de Wittgenstein que estamos exponiendo, posible, viable, comunicable. La trascendencia no se puede captar, ni tampoco expresar. Los límites del lenguaje son los límites del mundo. ¿Qué es lo que nosotros expresamos con el lenguaje? El mundo. El mundo. El mundo. ¿Se puede expresar otra cosa? No. ¿Acaso puede expresar una lombriz otra cosa que no sea pensamiento y lenguaje de lombriz? No. Si a mí me dijeran que no solo existe Dios, sino que también Él ha enviado a su hijo primogénito y único a nosotros, ahí la cosa adquiere sentido, porque entonces Él se ha dignado a venir acá, es decir, a humanizarse, a volverse materia física, hecho, empirie, mundo, hombre, dando, desde acá, sentido hacia allá. Esa es la única posibilidad de sentido que puede tener toda la escatología cristiana del cuerpo y de la redención de Cristo, el Salvador. No es mediante un siervo, un empleado, un sacerdote que se alcanza la trascendencia. ¡No! ¡No! Es de Dios mismo, hecho hombre. Y ahí surge el problema teológico de saber si quien viene al mundo es Dios o el Hijo, o Dios hecho hombre, porque si es un ciervo, un Cristo empleado, mandado, nada funciona; tiene que ser Dios encarnado, de lo contrario, no se puede otorgar sentido al mundo terrenal. Pero si Dios ha adoptado la forma física, material del mundo y después se ha expresado en él, la cosa cambia, esa es la salvación, es la buena nueva.

(28) Unamuno, M., *op. cit.*, p. 31.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

Hay aún otros que dicen: No. El lenguaje humano (de ese “animal astuto”) no puede expresar lo trascendente y por eso hay que conformarse con un onomatopéyico: ¡Ohmmm!, ¡Ohmmm!, ¡Ohmmm! (según los monjes budistas). Dios no se expresa, a lo sumo se (pre-)siente. Yo comulgo con lo trascendental. ¿Qué son los cantos budistas o los cantos gregorianos sino un acercamiento a lo divino sin la palabra, tan solo con el *suspiro*? Un acercamiento nada más.

Todavía otros, aún con más decoro (en esto no hay que perder la dosis de *glamour* espiritual) dicen: Si existe un Dios se trata de un *Deus scondito*, o sea, de un Dios escondido. Si Él existe, no puede ser pronunciado, pensado, dicho, razonado, imaginado, hablado. No puede ser objeto de pensamiento en absoluto. La única forma de referirme a lo trascendental es con una mente en blanco: ¡cero pensamiento, cero idea, cero razón! Es un estado donde voy al desierto o el desierto viene a mí y no pienso en nada, no razono en nada y quizá, así, logre captar algo (por mínimo que sea) de lo trascendental. Esta es la tesis de Nicolás de Cusa y junto con él de Meister Eckehart y de otros místicos. La aproximación a lo divino es con la mente limpia, renunciando al pensamiento, a la palabra.

Pero noten ustedes que el rasgo común de todos los planteamientos expuestos es que albergan una esperanza. Y el señor Wittgenstein dice: ¡no hay esperanza! El mundo **es**, simplemente, en su sentido más brutal y ciego. En él solo es posible referirse a hechos, hechos y nada más que hechos. “Ciega para el bien y para el mal, indiferente a la destrucción, la materia omnipotente sigue su marcha inexorable. Al hombre, condenado hoy a perder lo que más quiere, mañana a pasar él mismo por la muerte de la oscuridad, lo único que le queda es acariciar, antes de que caiga el golpe, los elevados pensamientos que ennoblecen sus breves días.”(Russell)⁽²⁹⁾

Un Paréntesis: ¡para bajar mi emoción!: ¿Imaginan ustedes un mundo donde nada acaeciera? ¿Qué es un mundo donde nada acaece? Un mundo muerto, estático, petrificado –como en las fotografías en blanco y negro– porque allí nada sucede más allá de lo que *ya* sucedió. El tiempo se ha detenido por siempre. Sería, valga la tristísima imagen:

(29) Russell, B., *Misticismo y lógica y otros ensayos*, trad. de José Rovira Armengol, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1975, p. 72.

“como una llanura cuyo suelo está privado de toda planta.” (Dante) Imaginemos, a título de otro experimento mental, que en este momento, como una recompensa a nuestras miserias (o alegrías, como quieran verlo), Dios proclama solemnemente: “Deténgase todo. ¡Ya!” Y todo queda detenido, congelado por la eternidad. Nada se mueve, ni un átomo, ni un haz de luz, ni una nueva célula se descompone, ni una nueva célula surge a la vida, ni un nuevo átomo gira en la materia. Como diría, nuevamente, el divino Dante: ¡El cielo quedaría sin estrellas (y sin viento)! ¿Qué es un estado semejante? Es la muerte. La fría, sólida muerte, siniestra muerte, todo congelado por los siglos venideros. Entonces: ¿qué es el mundo para Wittgenstein (y nótese que aquí utilizo la palabra “mundo”, contrariamente a como lo he hecho hasta ahora, en su sentido técnico)?

Respuesta: Lo que acaece, lo que acontece, lo que sucede. Pero lo que acontece siempre es un fenómeno absolutamente físico ¿Por qué? Pues, ¿cómo puede acontecer algo que no sea físico o un efecto del universo físico? ¿Cómo se puede mezclar lo físico con lo no físico? ¿Ustedes han pensado en este problema? Alguien dirá: ¡el pensamiento es la solución! Él es inmaterial. Falso. El pensamiento es también físico (en el tanto es producido por el mundo bio-físico) de nuestro cerebro, a menos que alguien, con mucho orgullo, diga: No. Mi pensamiento es divino. Pero en ese caso, frente a tan “divinas palabras” lo mejor será callarse.

Y así, aunque uno quiera captar lo trascendental, no puede. El mundo está desprovisto de todo sentido ultramundano, porque en este mundo que nosotros percibimos, solamente hay proposiciones de hechos. No puede haber de otra naturaleza. ¿Cómo podría haber proposiciones de otra naturaleza en un mundo constituido, hasta sus últimas fibras, de manera fáctica? A menos que alguien me muestre una zona, una sección, una grieta de este universo que no sea puramente físico, él carecerá de sentido trascendente.

Alguien, de forma romántica, podría replicar: “El alma existe”. Pero, el alma es la posibilidad de Dios. Y ya vimos que todos los entresijos, todos los caminos del mundo físico son, finalmente, hechos empíricos o efectos de hechos empíricos. Cuando yo hablo del mundo, incluso cuando hablo de Dios –si es que me digno a hablar de Él– adopto una ética de esclavos, como es la religión cristiana (pues, lo más sensato es no hablar, quedar pasmado en estado de asombro, de alelamiento inefable). En esta medida, no crean que soy yo quien está profiriendo frases heréticas. El padre de la Iglesia: Agustín de Hipona –uno de esos especímenes filosóficos que me resultan tolerables–

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

mientras se desparramaba a sí mismo en orgías y excesos, decía, “Dios dadme fe”. Qué hermoso, ¿no? ¿Cómo no envidiarlo? Mujeres, sexo, vinos, uvas y, en medio de este fandango, decía, “Dios, dadme fe”, porque la única posibilidad que tengo de negar o afirmar y de dar significado a todo esto, es que Tú existas, sino ¿qué sentido tiene todo? Si Tú no existes, todos somos –como diría Martín Heidegger– de la muerte (*Sein zum Tode*). Sí, de la muerte. Expresión más contundente, irrefutable, pero a la vez trivial no hay. Solamente si usted cree en la vida del más allá. Pero, ¿cómo será la vida del más allá? ¿Será igual que esta? Pues, como dice Unamuno, si no existen en el Paraíso los mismos vicios, los mismos pecados y contradicciones: ¿de qué sirve esa vida ultraterrena? Una vida así, en estado de plena gracia, con pensamientos divinos, sin preocupaciones, congojas y dudas. Pero, en un mundo donde nada de esto suceda, es un mundo muerto. Ergo, el Paraíso, de existir, es un Paraíso muerto. Es la muerte continua, imperecedera, eterna. ¿Qué es Paraíso previo al pecado? Una cripta, un sarcófago perpetuo.

En definitiva: ¡Todo es como es y sucede como sucede! *In der Welt ist alles wie es ist und geschieht alles wie es geschieht*. No puede existir la ética. No puede existir la estética. No puede existir el pensamiento del deber-ser. No puede existir Dios (al menos en este mundo). Él es trascendente. Inefable. Con la contundencia de Wittgenstein: “*Nur das Übernatürliche kann das Übernatürliche ausdrücken*.” [Solo lo sobrenatural puede expresar lo Sobrenatural.]⁽³⁰⁾

Pero, la historia –al igual que las buenas historias– no termina allí. Wittgenstein sigue con otras frases no menos arrolladoras y devastadoras: “El mundo de los felices es distinto del mundo de los infelices” [*Die Welt des Glücklichen ist eine andere als die des Unglücklichen*]⁽³¹⁾. “Cómo sea el mundo, es completamente indiferente para lo que está más alto del mundo”⁽³²⁾ ¿Se imaginan ustedes algo más siniestro? Aun si Dios existe, eso no garantiza, para Wittgenstein, la eticidad –o sea, el sentido moral o normativo– de nuestro mundo. “Dios no se revela en el mundo.”⁽³³⁾ ¿Por qué no se revela? Porque no puede revelarse. ¿Cómo podría revelarse lo trascendente en el mundo físico?

(30) Wittgenstein, L., “Verschiedene Bemerkungen über Glauben und Religion”, en: Thomas H. Macho, *Wittgenstein*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Munich, 2001, p. 385.

(31) Wittgenstein, *Tractatus*, prop. (6.43).

(32) *Ibid.*, prop. (6.432).

(33) *Idem*.

¿Pueden ustedes imaginar lógicamente tal cosa? Es como mezclar el agua y el aceite en un mismo barril. Como si usted llegara a una gasolinera y pidiera: “Écheme, por favor, cinco litros de aceite y en el mismo envase, ponga dos litros de agua” y luego pretendiera que el motor de su vehículo encendiera con semejante mezcla. Se presenta en esta relación de Dios con el mundo empírico un problema de doble vía:

- (1) *Para arriba: la posibilidad del lenguaje de captar lo trascendental.*
- (2) *Para abajo: la posibilidad de lo trascendental de infiltrarse, de penetrar en el mundo.*

Problema, repito, que tiene dos cursos de acción, siendo de doble naturaleza: primero, la posibilidad que de un lenguaje físico, de que un pensamiento fáctico, de que un pensamiento que es materia capte lo trascendental; segundo, que a partir de un pensamiento o mejor aún de una idea trascendental quepa la posibilidad de penetrar en el mundo físico, y entonces, vean lo que concluye Wittgenstein: “Una sola proposición de la ética, es decir, una sola proposición absoluta que fuera realmente una proposición ética [o para decirlo de otra manera, una sola partícula de Dios, de lo trascendental] que penetrara en el mundo empírico lo haría explotar en mil pedazos”. ¡Cosa terrible, esta!

Es decir: Si Dios existiera (cosa que de por sí está por verse) también existiría un abismo insondable entre su grandeza, su omnipotencia, su espiritualidad y su capacidad de acceder al mundo material. Se parte acá, por supuesto, de que Dios no es materia (es inmaterial), puesto que si estuviera sometido a las leyes físicas sería un Dios decadente, un Dios absolutamente impotente, una patraña de Dios. O sea, que a pesar de su omnipotencia no puede infiltrarse en la materia, en el mundo físico en el cual vivimos, por lo que permanece siendo un Dios ajeno, de otro plano. Esto me lleva a una conclusión devastadora en el plano teológico-metafísico:

Si Dios existiera, el mundo físico no existiría. El mundo físico es incompatible ontológicamente con la naturaleza de Dios. Una sola partícula de lo trascendental (de la ética, por ejemplo) serviría para desmoronar todo el universo. Pero, el mundo físico existe. Luego: Dios no existe. Hasta acá llega la lógica impecable de nuestro solitario pensador austriaco.

Pero, para Wittgenstein existe (o al menos así se puede extraer de sus textos) lo místico (*Das Mystische*). ¿Qué opinar entonces al respecto? Él nos dice que “no es lo místico cómo sea el mundo, sino

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

qué sea el mundo.”⁽³⁴⁾ De lo místico no se puede hablar con sentido. “Para una respuesta que no se pueda expresar, la pregunta tampoco puede expresarse.”⁽³⁵⁾ El mundo pudo existir a como pudo no existir. Las probabilidades de que no existiera son infinitamente superiores a las probabilidades de que existiera. Ahora, que el mundo sea materia muerta, podría ser, pero que el mundo sea en un minuto, o mejor aún, en una micro centésima de segundo de la duración total del universo, que el mundo sea materia viva es algo que escapa a la razón humana. Es por eso que, repito, lo místico no es *cómo* sea el mundo, lo místico es que el mundo *sea*.

Aquí surge una idea fundamental. Sobre esto que el mundo sea, ya sabemos que este “sea” es equivalente a lo que es la realidad. Solamente sobre esta realidad es posible hablar con sentido. ¿Por qué? Porque el lenguaje es únicamente compatible con el mundo (no con la trascendencia), el lenguaje es una imagen, una figura (*ein Bild*, en términos de Wittgenstein), un reflejo de la realidad empírica. “Nosotros nos hacemos figuras de los hechos.”⁽³⁶⁾ Pensemos en la siguiente situación límite: ¿Qué pasaría si yo hubiera crecido en un estado de la mente –puede ser por alguna alteración en el cerebro– que me impidiera totalmente la presencia y percepción (visual, auditiva, olfativa, táctil, etc.) del mundo físico conocido? [Una especie de autismo absoluto, aunque debo reconocer que la mayoría de las formas de autismo no llegan a semejante extremo]. En esta hipótesis, yo no podría referirme con sentido al mundo físico. Es más, un lenguaje sería imposible. Pero, ¿por qué no puedo hablar con sentido de algo que se encuentre fuera de esto? Porque el lenguaje, instrumentalmente creado y pensado, no puede captarlo. ¿Cómo lo captaría? Tendría que tratarse de una especie de lenguaje divino, puesto en mi mente por medios no-físicos, lo cual es imposible.

En fin: Las proposiciones con sentido son siempre proposiciones sobre hechos. “El mundo está determinado por los hechos y por ser todos los hechos.”⁽³⁷⁾ Pero la conclusión que se sigue de esto es arrolladora (como si ya no hubiera sido suficiente): Las proposiciones de la ética, de la estética, del derecho, de la moral, las proposiciones

(34) Wittgenstein, *Tractatus*, prop. (6.44).

(35) *Ibid.*, prop. (6.5).

(36) *Ibid.*, prop. (2.1).

(37) *Ibid.*, prop. (1.11).

que digan: “esto es bueno” o “esto es malo”, “esto es bello”, “feo”, “justo” o “injusto” son proposiciones que se posicionan *sobre* el mundo y una proposición que se posicione *sobre* el mundo es una proposición que no existe. Por lo tanto, no hay proposiciones de la ética (ni tampoco de la ética, de la estética, del derecho o de la moral).

Eso que nosotros decimos (...bueno, malo...justo...injusto...) son retortijones de una lombriz. Elocuencia de un espermatozoide verboso. ¡Todo lo que nosotros hacemos o pensamos es físico, físico, físico! Materia física –como el mosquito de Nietzsche– pura materia física, nada más. Lo siento por ustedes y por mí. No hay otra cosa, al menos que alguien me diga que hay algo divino allí, que cuando yo aplasté al mosquito ustedes vieran salir una especie de halo (que no solo saliera de la atmósfera, sino que también saliera fuera de este mundo, y, por añadidura, fuera del universo), porque si se permaneciera allí en algún lugar [...imaginemos que el alma de nosotros se quedara arropada en algún escondrijo misterioso del universo], entonces se trataría de todo menos de un alma. El alma, como manifestación de lo trascendente, tendría que estar fuera del universo visible e invisible, es la única salvación, pues de lo contrario todo el universo conocido se destruiría.

Pero, ¿qué queda de todo esto?

Nada, dice Wittgenstein. Es por eso que termina su obra magna, su *Tractatus* de una forma tremenda, desesperanzadora: “*Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen*” [De lo que no se puede hablar, mejor es callarse]⁽³⁸⁾. Pero si la situación es así, si de esto (el asunto de la ética que nos ha ocupado) no solamente no puede hablarse, sino que, además, ni siquiera puede pensarse, surge la pregunta metafísica por excelencia (en mi caso, todas las mañanas me despierto sudando frío, desde que tengo cinco años, haciéndome la misma pregunta): ¿Qué queda del mundo? ¿Qué sentido tiene la vida? Si sobre lo no-fáctico, lo trascendente, el bien y el mal, lo bello y lo feo no solamente no puede hablarse, sino que hay un abismo, una cesura lógica, un espacio inconmensurable, infranqueable entre el valor y los hechos, ¿qué sentido ha de tener la empresa humana? Estas dificultades, estos interrogantes muestran, para recordar el duro libro de Ciorán, “...*el inconveniente de haber nacido*”.

(38) *Ibid.*, prop. (7.).

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

EL SEGUNDO WITTGENSTEIN Jugando (¡muy en serio!) con las palabras

Deine Fragen beziehen sich auf Wörter; so muss ich von Wörtern reden. [Tus preguntas se remiten a palabras; y por eso, debo yo también hablar de palabras].

WITTGENSTEIN

Texto y contexto de la filosofía del lenguaje. Hoy voy a referirme a un tema que quisiera explicar con cierto detalle. Se trata de, llamémosle así, la segunda parte de lo que había ya conversado con ustedes respecto al señor Ludwig Wittgenstein. En la lección anterior, se examinó una primera etapa que, espero, haya quedado más o menos clara, y ahora me toca ahondar, ojalá con alguna claridad y brevedad (trataré de exponer durante unos veinte minutos), en la segunda fase de la vida intelectual de este enigmático pensador austriaco.

Wittgenstein vivió relativamente pocos años —como tiene que ser— pero extremadamente productivos. Ya dije en la lección anterior que su vida filosófica fue una verdadera obra de arte. Hizo lo que tenía que hacer, que no fue poca cosa, y después murió. No perdió su tiempo en aventuras superficiales del espíritu, cosa que nos sucede con harta frecuencia. Durante su vida tuvo ideas que influyeron notablemente en la primera parte del siglo XX (hasta 1960-1970), cuando se dio un desarrollo muy amplio y generalizado de lo que se conoce como *Filosofía Analítica*⁽³⁹⁾, específicamente en dos versiones: la filosofía del lenguaje ordinario (propia de la llamada Escuela de Oxford) y una vertiente más logicista, cuyo punto de referencia es el primer Wittgenstein y que hunde sus raíces en el conocido movimiento del positivismo lógico (propio del llamado *Círculo de Viena*)⁽⁴⁰⁾.

(39) Al respecto siguen siendo clásicas dos obras fundamentales: *La concepción analítica de la filosofía*, 2 tomos, selección e introducción de Javier Muguerza, Alianza Editorial, Madrid, 1974; y, Victor Kraft, *El círculo de Viena*, trad. del alemán de Francisco Gracia, Taurus, Madrid, 1966.

(40) Al respecto, el incomparable libro citado de Victor Kraft, *El círculo de Viena*, trad. del alemán de Francisco Gracia, Taurus, Madrid, 1966.

Revista de Ciencias Jurídicas N° 120 (41-88) setiembre-diciembre 2009

Ambas concepciones, repito, influyeron mucho hasta mediados del siglo XX, pues la filosofía analítica junto con el marxismo y el existencialismo representan –creo yo– las tres concepciones más representativas de ese siglo, aunque hay que señalar que para algunas tendencias marxistas de izquierda la filosofía analítica siempre fue “conservadora” e incapaz de utilizarse como instrumento para el análisis social. Empero, más allá de esta opinión (infundada, desde mi perspectiva), lo cierto es que las dos tendencias citadas de la filosofía analítica tuvieron, y siguen teniendo hasta la fecha, mucho que decir en el campo del análisis social y filosófico.

La filosofía analítica tuvo una influencia muy marcada por parte de Wittgenstein, tal y como se refleja en autores como F. Waismann⁽⁴¹⁾, Ch. Stevenson⁽⁴²⁾ o J. Ayer⁽⁴³⁾, quien terminó aceptando, en su primera fase, que las proposiciones de la ética son proposiciones sin-sentido, pseudo-proposiciones o proposiciones para-teóricas, como les llamaba él. En fin, y expresémoslo en términos un poco dramáticos pero no por ello menos certeros, yo creo que el primer Wittgenstein causó en el mundo filosófico una pequeña revolución sobre toda la primera mitad del siglo XX, y a la fecha hay autores que –sea de manera directa o indirecta– se siguen sumando a las ideas que se orientan en esa línea de trabajo.

Pero, como si no hubiera sido suficiente, después de los años 1940s, Wittgenstein atravesó por un periodo un tanto “místico” (para ponerlo así). Tuvo algunas intuiciones o, mejor aún, algunas conversiones intelectuales y llegó a la conclusión de que el autor del *Tractatus* (como diría él) se había equivocado. Esto, obviamente, uno puede decirlo actualmente de manera desapasionada, pero lo cierto del caso es que esa evolución no se dio de forma sencilla, llana, sin conflictos, pues Wittgenstein era ya un autor muy conocido. El *Tractatus* era un texto prácticamente canónico en algunas esferas. Considerado un clásico en el tratamiento de ciertos problemas de la filosofía. Recordemos que para alguien que goce de ese reconocimiento

(41) Consultar, por ejemplo, el ensayo clásico mencionado, en la nota 5.

(42) Fundamental resulta su obra: Stevenson, Ch., *Ethics and Language*, Yale University Press, New Haven y Londres, 14. reimpresión, 1972.

(43) Clásico el texto de: A.J. Ayer, *Lenguaje, verdad y lógica*, trad. del inglés de Marcial Suárez, Editorial Planeta – De Agostini, Barcelona, 1994.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

mundial, decir que se ha equivocado, que hay planteamientos que no son correctos, que hay ideas que le parecen terriblemente simplistas, decir esto requiere, repito, un coraje y una honestidad intelectuales que no todo el mundo posee. Lo más fácil en estos casos es engañarse y tratar, por supuesto, de engañar a los demás.

Aparte de lo dicho, el mismo Wittgenstein, años atrás (hacia 1918), cuando había publicado la primera edición del *Tractatus*, había señalado, en su Prólogo, que él creía haber resuelto todos los problemas filosóficos. “Por otra parte la verdad de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva. Soy, pues, de la opinión de que los problemas han sido, en lo esencial, finalmente resueltos.” Entonces, sobre esta base, es doble la dificultad de aceptar y reconocer los propios errores. Esta situación, evidentemente, fue muy difícil para él, hasta el punto de que nunca llegó a escribir sus pensamientos de una manera sistemática, como sí hizo con el propio *Tractatus*. Lo que aventuró fue un intento –fallido, por lo demás–, de comunicar claramente sus pensamientos, tomando nota en sus cuadernos, manteniendo un grupo reducidísimo de estudiantes que buscan seguirle –al menos físicamente, pues en el plano intelectual resultaba extremadamente difícil– la evolución filosófica.

Esta segunda etapa de Wittgenstein no es una etapa sistemática propiamente. Es una fase llena de altibajos y lagunas. Complejísima. Más adelante el propio Bertrand Russell, quien había reconocido en la primera etapa de Wittgenstein, cuando hizo el prólogo al *Tractatus*, que había visto cosas interesantes, se retractó⁽⁴⁴⁾ diciendo, de una manera más o menos indirecta, que a partir de cierto periodo Wittgenstein se había dedicado a perder el tiempo y que no había desarrollado muchos de los pensamientos que habían quedado pendientes en la fase inicial. Y si esto lo decía Bertrand Russell, imagínense ustedes lo que podía decir el común denominador de la gente sobre este pensador.

En fin: Wittgenstein, repetimos la idea, NO sistematizó nunca, durante la segunda parte de su vida, sus ideas filosóficas y lingüísticas.

(44) En su autobiografía afirma (en especial, refiriéndose al *Tractatus*, que: “He llegado a pensar que en muchos puntos llegué demasiado lejos al avenirme con él...” [con Wittgenstein]. Ver Russell, B., *La evolución de mi pensamiento filosófico*, trad. de Juan Novella Domingo, Alianza Editorial, Madrid, 1976, en especial el capítulo 10: “La influencia de Wittgenstein”, pp. 113 y ss. (p.115).

Lo único que hizo fue anotar algunos pensamientos (que luego pasarían a formar parte de lo que se conoce como los Cuadernos Azul y Marrón)⁽⁴⁵⁾, así como anotaciones que después formarían su obra más relevante en este segundo periodo: sus *Investigaciones Filosóficas*.⁽⁴⁶⁾ Esta situación dificulta mucho entenderle los principales argumentos al filósofo vienés.

Una línea de pensamiento para estómagos fuertes. Muy bien, dejemos ya esta pequeña introducción y adentrémonos (como Virgilio en el infierno) en la pregunta esencial del día de hoy: ¿Qué nos dice Wittgenstein en esta segunda etapa de su evolución filosófica? Yo creo –pero obviamente ustedes no tienen que creer lo mismo– que esta segunda etapa es, probablemente, una de las revoluciones filosóficas más importantes del siglo XX, una revolución filosófica que, como veremos luego, no puede ser aceptada prácticamente por nadie (especialmente por los filósofos) debido a las implicaciones que ella tiene en los más diversos órdenes de la vida académica. El segundo Wittgenstein (si ya el primero había resultado ser, en alguna medida, enigmático y, una vez que se comprendía, indigerible) el segundo, repito, será un trago imposible de beber por parte del universo filosófico y académico en general.

Insisto, esta es la idea principal. Yo creo que los conceptos que él desarrolló, conceptos que luego veré con más detalle, como son: juegos del lenguaje, formas de vida, gramática, embrujos del lenguaje, etc., son nociones que, cabalmente comprendidas por una persona que se dedique a estas cosas de verdad (una persona que se dedique a sembrar papas difícilmente vaya a cultivar las papas de forma diferente por conocer las nociones filosóficas de Wittgenstein), pero, repito, para alguien que se dedique seriamente a estas actividades, las categorías desarrolladas por este pensador transforman radicalmente la visión que se tenga de esas actividades. Se da un giro de 360 grados. Es un verdadero cambio de “paradigma”, como dice la jerga actual.

(45) Wittgenstein, L., *Los cuadernos azul y marrón*, prefacio de Rush Rhees, trad. del inglés por Francisco Gracia Guillén, Editorial Tecnos, Madrid, 1976.

(46) El texto consultado acá y en lo sucesivo es: Wittgenstein, L., *Werkausgabe*, tomo 1: *Tractatus lógico-philosophicus, Tagebücher 1914-1916, Philosophische Untersuchungen*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1984.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

Con otras palabras: Sépanlo ustedes o no, estén conscientes de ello o no, los pensamientos expuestos por este pensador, si es que se toman con suficiente rigor, pueden cambiar, de manera radical, la comprensión que se tenga ya no solo del derecho, de la sociología, de las ciencias políticas, de la ética, sino prácticamente de cualquier línea de pensamiento teórico en general. Esto es, insisto, un juicio de valor mío, que comparten algunas otras gentes por allí, algunas personas que se han dedicado a leer de manera sistemática y sesuda este tipo de reflexiones, pero que otros no comparten y, bueno, sobre eso no se puede hacer mucho o nada.

Dicho esto, cabe preguntarse ahora: ¿Qué es eso que Ludwig Wittgenstein dijo, que le resulta a este servidor que les habla, tan importante? ¿Qué es lo que nos ha expuesto para que se le califique de “indigerible” y de haber causado una revolución en el mundo teórico? ¡Adentrémonos en los recintos de su oscuro pensamiento!

Empecemos de una manera sencilla (pero ojalá algo inusual). Imaginándonos situaciones de la vida cotidiana, es decir, partamos de **ejemplos prácticos** de nuestra experiencia vital. Quiero que ustedes, por favor, me sigan, pues lo que pretendo es realizar una especie de experimento, el cual consiste en ubicarse imaginariamente en el contexto que yo les voy a narrar, para que ustedes, a partir de lo narrado, saquen sus propias conclusiones. Es decir, que lo que busco es que ustedes mismos *construyan* las ideas y no que yo se las dé ya elaboradas, pues en ese caso no se logra mayor cosa.

Tres ejemplos de la vida cotidiana: Imaginemos las siguientes situaciones prácticas:

(a) *Primer ejemplo:* Imaginemos a una persona que le gusta cocinar, es decir, es un cocinero aficionado. Hoy en día, se ha puesto muy de moda que los hombres cocinen, lo cual me parece muy bien, yo no tengo nada en contra de eso (excepto cuando lo convierten en un esnobismo, y entonces uno le dice a una mujer bonita, a quien intenta seducir: “Vamos, mi amor yo cocino” y va y cocina por un día, para que el resto de los 60 años de matrimonio nunca vuelva a hacerlo). Pero bueno, esta es una historia aparte. Sigamos con lo nuestro. Imaginemos, pues, al cocinero. Decía, entonces, que el cocinero se reúne con la novia. Pero, este sí es un cocinero legítimo, un cocinero realmente interesado en la comida...(aparte del sexo, que quiere tener luego con la novia). Pero, digamos que es un cocinero que le interesa

el espagueti y lo *otro*. Digamos que le interesa más el espagueti que lo *otro* (al menos por el momento). Es decir, que es un cocinero de vocación. Entonces, el cocinero llega y hace señalamientos del siguiente orden, a los cuales quiero que ustedes presten especial atención:

“Mire, vamos a cocinar estos espaguetis”. Si es un cocinero de vocación, él probablemente haya preparado los espaguetis previamente; es decir, que él mismo ha hecho la pasta, ha utilizado la maquina manual para hacer los espaguetis, metió la pasta ahí, le dio vuelta a la maquina y salieron los rollos de espaguetis; entonces, metió los rollos en el agua hirviendo y, por supuesto, que el agua debe estar hirviendo (no tibia). ¿Cuánto tiempo ha de esperar? Generalmente, entre 10 y 15 minutos hasta que los espaguetis, dependiendo del grosor que tengan, estén debidamente cocinados. Una vez que estén listos, él va a sacar uno de los espaguetis y lo va a pegar contra la pared para ver si, efectivamente, ya está cocinado o está crudo. Si el espagueti no está cocinado, va a esperar un minuto más hasta que se quede pegado contra la pared y luego caiga. No debe quedarse adherido del todo porque entonces eso quiere decir que ya se pasó de cocción, ni tampoco debe caerse inmediatamente porque está crudo. Esa es una forma posible (quizás no la única ni la más higiénica, dirían algunos de ustedes, un poco indignados) de cocinar espagueti, y saber si está listo o no.

Muy bien, vean ustedes que el cocinero, en este caso, ha seguido (e incluso le ha explicado a su novia) unos aspectos propios de la cocción de los espaguetis. Le ha dicho, por ejemplo: “Mire, hay que hacer esto, hay que hacer aquello otro.” Luego, cuando ya estén cocinados los espaguetis los va a pasar por un colador y va a decir: “Ahora, a esto se le agrega un poco de mantequilla, mucho orégano y si usted quiere le pone queso parmesano y sal al gusto”. Más o menos esa es la imagen de nuestro primer ejemplo. Veán que estoy utilizando una imagen; todavía no se les ocurra, por tanto, pensar en conceptos abstractos. Simplemente imagínense la situación, recordando que imaginar significa crear imágenes, no categorías filosóficas.

(b) Segundo ejemplo: Pasemos del ámbito de la cocina a algo que sea muy distanciado de ello y de su posible esnobismo. Pensemos ahora en una persona conocedora de perros; es decir, es un entrenador profesional de perros para la protección y seguridad, o sea, de perros para matar a alguien si fuera del caso o para protegerlo si fuera del caso. Pongo este ejemplo pensando ya no sólo en aquel famoso refrán de “cuanto más conozco a mi vecino, más quiero a mi perro”, sino tratando

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

de ubicarme en el plano más elemental (“mundano”) posible. Supongamos que este individuo es un conocedor de unas ciertas razas muy grandes y fuertes (perros Doberman o Rottweiler, por ejemplo). Un día, esa persona se reúne con otro aficionado al tema y sostienen una conversación como la siguiente:

“Bueno, este perro como usted ve es un Rottweiler”. La otra persona le va a preguntar: “¿Y el Rottweiler que usted ha entrenado cumple con todos los estándares de la raza?” Entonces el especialista le va a decir algo así como: “Efectivamente, cumple con todos los estándares fenotípicos y genotípicos.” El otro individuo le dirá: Veamos: empecemos por lo más sencillo. Abrámosle la boca: ¿tiene que tener 42 dientes? “Sí, tiene los 42 dientes”; le cierra la boca y dice: ¿Tiene mordida de tijera (lo cual significa que no tiene mordida de tenaza y, por lo tanto, los dientes están correctamente colocados). ¿No tiene los dientes flojos?. “No”. ¿Tiene los labios firmemente unidos a la mandíbula? “Sí”. ¿La pigmentación es de color negro? “Efectivamente, es de color negro”. ¿Las orejas están debidamente posicionadas sobre ambos lados de la cabeza? “Sí”, ¿La cabeza no es ni chata ni tipo sabueso, sino plana, con un stop debidamente pronunciado? “Efectivamente”. ¿La altura a la cruz –punto donde se unen los omoplatos– es 65-66 centímetros exactos? “Sí”. Y así continúa una conversación que puede tardar horas, con un lenguaje (jerga) cada vez más técnico y preciso cuando se refiere a la descripción o características del animal en cuestión.

Hemos hablado de cocina y hemos hablado de perros, los cuales parecen ser (ojalá sea así) ejemplos bastante cotidianos, nada elaborados conceptualmente, ni mucho menos filosóficos. Además, les pido, por favor, que no se aburran (más de lo que ya están), pues los ejemplos son, eso creo, necesarios.

(c) Tercer ejemplo: Imaginemos que hay otro experto. Este es un experto en jardinería. Le gusta sembrar plantas y se reúne con otro jardinero, y entonces planean sembrar un X tipo de planta en un jardín de una de sus casas.

Se inicia una conversación exactamente en la misma línea que los anteriores ejemplos: primero ¿de dónde van a provenir las futuras plantas? ¿Van a obtenerse mediante injerto o no? ¿Van a ser tomadas de planta viva o no? ¿Extraídas de la raíz o no? ¿Se pueden reproducir mediante el sistema de extracción de raíz o de tallo? ¿Vamos a ir a

comprar –cosa que para el experto sería muy comercial– las semillas al “Supermercado Más X Menos” (que por lo general están secas y no nacen) o las vamos a adquirir en otro lugar? Digamos que, efectivamente, se va a hacer mediante corte de tallo. Pensemos en una amapola (en todo caso –para lo interesados– de ahí proviene también el opio ¿o la heroína?, ya no recuerdo). Entonces, el experto comentará: (1) ¿Cuándo hay que sembrarlo? ¿Ahora en octubre o en noviembre? ¿Será un buen momento para la siembra? Él podrá decir: No. Eso es falso. El mejor momento era hace más o menos un mes, es decir, en septiembre, para que se aprovechara todo el invierno y el tallo pudiera crecer debidamente. Ahora es un poco tarde, pues se corre el riesgo de que nazca la raíz, y en noviembre y principios de diciembre el tallo cortado no tenga la suficiente fuerza y se sequé. Es decir, no es un buen momento, ya no se puede hacer. (2) ¿Cuántos centímetros se entierra el tallo en la tierra? ¿Diez centímetros o simplemente uno llega y lo mete hasta donde le dé la mano? Hay que tener cuidado, pero esto el experto lo conversa con el otro jardinero, quien también sabe de estas cosas.

Señoras y señores: suficiente.

Quedémonos con estos tres ejemplos de la vida cotidiana. Estoy consciente que alguien me podría objetar que todos los casos puestos son muy banales, muy artesanales. Se podrían traer ejemplos de otros campos más de tipo cultural o académico. Por ejemplo, dos expertos que se reúnan a hablar sobre el tema de la literatura mística de Maister Eckhart y Angelus Silesius o de la tragedia clásica de Grecia y Roma, o de la teoría especial de la relatividad de Einstein, o del Principio de Incertidumbre de Heisenberg, o de cualquier otro tema complejo por el estilo. Pero, estoy convencido que la *lógica interna* que se va a seguir, en una u otra conversación, es más o menos la misma. Y es esa lógica, precisamente, la que por ahora me interesa enfatizar.

En resumen: Lo que quiero que quede lo más claro posible hasta este momento es la siguiente idea básica: todas esas discusiones (no importan si son de la vida cotidiana, artística, académica, intelectual) han tenido lugar en un *contexto* muy particular. En ese contexto se han hecho afirmaciones que justamente *allí* (o sea, en esa particular situación histórica de vida), tienen un valor o no lo tienen, resultan plenamente claras o no, son comprensibles o incomprensibles, son válidas o inválidas. No importa la cantidad de casos o de situaciones de vida que se analicen, en cada una de esas situaciones de vida, se va a

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

erigir una cierta *pretensión de validez y de verdad* que es, no solo vinculante para quienes participan en esa conversación en especial, sino para aquellos otros interlocutores, actuales o potenciales, que se interesen por cuestiones similares. Esa pretensión es, a su vez, propia de los *usos lingüísticos* que allí se acepten, expresa o implícitamente, por parte de los individuos involucrados. Desarrollemos esta idea, algo abstracta, con más precisión.

Los juegos del lenguaje, la gramática y las formas de vida:

Una pregunta que a mí me parece fundamental y que deseo formularles entonces es: ¿Qué ven ustedes como características o rasgos *comunes* en los ejemplos citados? Alguien (¡un estudiante listo!) podría responder: “Lo que tienen en común es un lenguaje que se utiliza para transmitir unos datos (información) que pueden ser comprobados empírica- e intersubjetivamente por la praxis de esa disciplina, donde, además, se pueden establecer criterios más o menos verificables sobre ciertas cosas con base en esas observaciones protocolares. Los participantes en la discusión tienen una comprensión común sobre la funcionalidad de estos criterios, de las afirmaciones que allí se hagan y de las conclusiones a las cuales se pueda llegar.”

Una opinión de este tipo no sería incorrecta. Lo que pasa, es que, para los efectos de lo que estoy tratando de explicar, resulta ser excesivamente conceptual, abstracta. Vean ustedes que estas personas (incluidas las de los ejemplos) se reúnen, unos para hablar de verduras, otros para hablar de sus telenovelas favoritas, otros para hablar de perros, otros para hablar de astrofísica, otros para hablar de música, o de cine, etc., etc. La cuestión fundamental aquí es, empero: ¿qué es lo que ellos *hacen* (en el plano más básico y elemental del término “hacer” en todos estos casos)?

Veamos lo más obvio, sencillo, pero no por eso trivial. Yo diría que estas personas *hacen afirmaciones, negaciones, preguntas* (muchas veces incluso categóricas) sobre una X o Y cosa, una X o Y idea, todo en el marco establecido por la *conversación* que están sosteniendo. Es decir, utilizan las palabras, en ese contexto, de una manera particular, alcanzando allí unos consensos básicos sobre los diversos *usos* del lenguaje. Por lo tanto, quienes participan en esa conversación se entienden, o al menos, parece que se están entendiendo. Los partícipes en los diálogos de la vida cotidiana (o de cualquier otro orden de la vida) operan o trabajan allí con unos determinados *criterios de verdad* establecidos en una forma rudimentaria, del tipo: “Es verdad que el tallo

debe ser sembrado cinco centímetros dentro de la tierra”, “es verdad que el perro debe pesar entre cincuenta y sesenta kilos”; “es verdad que los espaguetis se cocinan a los diez minutos de permanecer en agua hirviendo”. Nadie, por lo general, pondría en duda esta forma de *usar el lenguaje ordinario* dentro del marco específico de las situaciones de vida que se han explicado en los ejemplos. En esas conversaciones, para ponerlo en un lenguaje algo más preciso, operan unos *criterios veritativos*, o sea, con una pretensión de verdad para la situación de vida concreta.

Esos criterios ya no son únicamente veritativos, sino que establecen, expresa o tácitamente, unas *reglas de validez*, que buscan establecer, específicamente dentro del contexto en que tiene lugar la conversación, cuándo lo que se dice es válido (en el sentido de que es congruente o consecuente con el conocimiento que exista en ese particular), cuándo esos criterios alcanzan fines puntuales que se persiguen, cuándo las observaciones y comentarios que se hagan resultan aceptables o plausibles, cuándo lo que se afirme respecto a una situación es probable o no, cuándo y sobre qué materias específicas puede existir un consenso entre los expertos involucrados, entre otras muchas cuestiones más.

No crean ustedes que esas reglas y criterios de los que he hablado eliminan del todo las posibilidades de *discrepancia* o *desacuerdo*. Perfectamente, y de hecho así sucede en las relaciones sociales cotidianas, las personas discrepan con frecuencia sobre qué ha de considerarse una buena comida, o qué es un buen libro, o una idea interesante. Sí. Pero: ¿cuál es el problema con que haya esos desacuerdos? El hecho de que se presenten desacuerdos no suprime, al menos del todo, el elemento más o menos común (la “lógica interna” de la que se habló anteriormente) que hay en los ejemplos discutidos, y es que así funcionan las conversaciones ordinarias en los más diversos contextos.

Por supuesto, que hay desacuerdos, y nótese que hemos puesto unos casos extremos, donde asumimos que hay personas que conocen acá [ejemplo 1] y que conocen allá [ejemplo 2] y que conocen más allá [ejemplo 3], simplemente como una suerte de experimento mental; pero, ¿qué es lo que sucede en las discusiones de la vida real? Les voy a decir lo que sucede en esas discusiones: lo que sucede es que uno conoce y el otro no, uno conoce mucho y el otro ignora todo, uno conoce más y el otro menos, y así sucesivamente. Pero, ¿no opera de idéntica manera una conversación que se sostenga entre dos estudiantes

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

allí en la cafetería, por ejemplo? Sobre cualquier cosa. Imagínense las conversaciones reales de ustedes, no las que ustedes creen que tienen en abstracto. Es más, llévense consigo esa grabadora que tiene el compañero, pónganle un casete de 24 horas y póngala a grabar y olvidense de ella; vayan y mantengan una conversación y después escuchen lo que se habló. Ustedes se sorprenderán. La conversación transcurrirá, palabras más, palabras menos, de la forma en que se ha descrito.

Y aquí la situación se empieza a complicar. Voy a tener que apresurarme un poco porque si no, no voy a terminar. Ya pasaron los veinte minutos y sigo todavía enfrascado en este barullo, pero lo que sigue pienso que es absolutamente fundamental. Veamos.

Si esto es así –señoras y señores– si para cada *contexto* de nuestra vida, sea un contexto puramente artesanal, sea un contexto técnico, sea un contexto científico o sea un contexto estético, si esto opera así, entonces surge una **pregunta decididamente fundamental** (la pregunta de las preguntas, para ponerlo así), que es la siguiente:

¿Cómo es posible que nosotros (los seres humanos, que somos seres sociales) a partir de estas experiencias lingüísticas, que son experiencias vitales, experiencias cotidianas, experiencias del diario vivir, hagamos preguntas como las siguientes: ¿Qué es la Verdad? ¿Qué es la Belleza? ¿Qué es el Ser? ¿Qué es la Nada? ¿Qué es el Bien y el Mal?

Señoras y señores, ahí está el gran dilema, porque si nosotros estamos inmersos dentro de este conjunto de situaciones vivenciales, prácticas, cotidianas, históricas: ¿por qué en determinado momento, cuando nos volvemos a reflexionar sobre estas situaciones vitales, cotidianas, vivenciales, hacemos una pregunta de *naturaleza totalmente distinta* a la que haríamos si estuviéramos en las situaciones concretas descritas? Es decir, ahí a nadie se le ocurriría preguntar “¿Qué es la Verdad?” (en abstracto). A nadie se le ocurriría preguntar: ¿Qué es la Belleza o el Ser? (en abstracto). Uno simplemente NO habla en esos términos.⁽⁴⁷⁾ Uno sencillamente dice: “Mire, me parece que ese árbol

(47) Por eso es que Wittgenstein señala sorprendido: “Las preguntas ‘¿qué es longitud?’, ‘¿qué es significado?’, ‘¿qué es el número uno?’, etc., producen en nosotros un espasmo mental. Sentimos que no podemos señalar a nada para contestarlas y, sin embargo, tenemos que señalar algo. (Nos hallamos frente a una de las grandes fuentes de confusión filosófica: un sustantivo nos hace buscar una cosa que le corresponda.)”, *Los cuadernos azul y marrón*, p. 27.

está muy bonito”, “el tipo de hojas que posee es hermoso”, “yo prefiero estos arbolitos en lugar de aquellos otros”, pero uno no dice: “¿Qué es lo Bello?” “¿Qué es la Verdad?” Esa forma de preguntar, valga la expresión de uno de los discípulos de Wittgenstein (*i.e.*, Waismann), simplemente atenta, de manera violentísima, contra la lógica normal de las preguntas en la vida cotidiana, contra la lógica lingüística empleada por las personas reales, de carne y hueso.

Pero vean ustedes que durante la historia del pensamiento filosófico casi nunca, prácticamente, se ha prestado suficiente atención a este fenómeno, sino que cuando se decía, yo voy hablar de filosofía se empezaba así: “¿Qué es la Filosofía?”. Incluso hoy día, cuando se da un curso de Derecho, por ejemplo, de Derecho Penal en esta u otras Facultades de Derecho, se empieza, con excesiva frecuencia, de la siguiente manera: “¿Qué es el derecho penal?” “¿Qué es la pena?” Vean ustedes que este planteamiento del problema es –valga la expresión un poco fuerte– **contra-natura**, o sea, “contra-natura” en un sentido figurado, contra toda experiencia de vida, pues uno no empieza de definiciones para luego elevarse a la vida, sino que empieza con aspectos caóticos de la vida, para luego tratar de extenderlos hasta posibles definiciones o teorías. “*Grau, teurer Freund, ist alle Theorie, und grün des Lebens goldner Baum.*” [Gris, mi caro amigo, es toda teoría, y verde el frondoso árbol de la vida.] (Mefistófeles).

Entonces, ¿por qué es que se *habla* así? ¿Por qué insistimos en violentar, de manera tan gruesa, el uso cotidiano del lenguaje? Desde la concepción del segundo Wittgenstein, uno tendría que decir: “Yo no puedo entender ese salto.” ¿Cómo es que paso de una expresión plenamente comprensible como: “los crisantemos me parecen unas flores muy hermosas” a un postulado totalmente distinto, en su lógica lingüística, como: “¿Qué es lo Bello?” Este salto no tiene una explicación racional. Es un salto en el vacío. Un salto que nos obliga a ponernos –valga la imagen– en un *estado mental* que no es el estado mental que usualmente experimentamos ante situaciones concretas; y entonces surge toda una serie de preguntas que, presuntamente, y ahí viene lo realmente extraordinario, quieren abarcar la totalidad de los fenómenos que hay acá (en las situaciones de la discusión referida); y entonces, cuando alguien se pregunta “¿qué es la Verdad?”, aspira a encontrar una respuesta incondicional (¡mítica!) que cubra todo el ámbito posible de experiencias, cosa que no es viable. Por eso Wittgenstein nos dice, nos advierte: “esto no puede ser” y utiliza una imagen muy grafica, la cual creo es suficientemente adecuada para los

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

efectos que persigue. Nos dice: “Pegar un salto desde allá hasta acá es una forma de embrujo”. Una persona que haga eso está “embruja”, “hechizada”, ha caído en una especie de “encanto” lingüístico.

Se pueden imaginar, en este sentido, muchas situaciones absurdas. Por ejemplo, supongamos a una ama de casa que está cocinando unos huevos revueltos para sus hijos, y de pronto tire los huevos para arriba y exclame: “¿Existe la huedad?”. ¿No sería esto totalmente ridículo y descabellado? Digo yo. Lo que existe es ese huevo, y habrá unos más grandes y otros más pequeños, huevos de gallina jardinera, otros de gallina ponedera, otros de codorniz (e incluso los “huevos de la gallina de oro”, si ustedes quieren); y así podemos entrar en una discusión sobre gallinas, codornices y huevos. Pero, uno no se plantea (en el uso ordinario del lenguaje) la pregunta por la “huedad”. Solo en el teatro de Eugène Ionesco –Teatro del absurdo– ven ustedes semejantes escenas.

En cambio, y aquí radica el absurdo, los filósofos **sí** se hacen preguntas sobre el Ser, la Nada, la Verdad, la Belleza y otras cosas similares. Entonces, nos dice Wittgenstein, todo esto consiste en unos “embrujo” en los cuales han caído los filósofos en los últimos dos mil años, incluso el propio autor del *Tractatus*. ¡Ironiza!

Hay una pregunta del tipo señalado, esto es del tipo: “¿Qué es X?”, que tiene importancia. Dice Wittgenstein: ¿Qué es la Filosofía? La filosofía no es –en el entendido que le hagamos caso a una pregunta que en buena medida es, como ya se dijo, “contra-natural”– un conjunto de teorías (teorías de la Verdad, de la Belleza, de la Conciencia). No. La filosofía es, en primer lugar, una **actividad vital**. Es una actividad, o sea, algo que yo *hago*, al igual que se hace una casa, un jarrón de artesanía o una fuente para el jardín. Esto es la filosofía.

En esa actividad, nos dice Wittgenstein, al igual que en otras actividades, hay que desconfiar de los embrujo del lenguaje en que se suele caer de manera despreocupada.⁽⁴⁸⁾ ¿Cómo debería proceder, entonces, la filosofía? Cuando nos preguntamos sobre si algo es

(48) De allí la famosa definición de Wittgenstein de lo que él entiende por filosofía: “La filosofía, tal como nosotros utilizamos la palabra, es una lucha contra la fascinación que ejercen sobre nosotros las formas de expresión.” *Los cuadernos azul y marrón*, p. 56.

verdadero o falso, bello o feo, bueno o malo, no formulemos la pregunta *en abstracto*, realicemos la pregunta siempre referida a su contexto. Toda palabra, todo concepto, es necesariamente contextual, lo cual implica, en esencia, su *uso lingüístico* en ese contexto específico.

¿Quién no ha leído, por ejemplo, sobre el eterno problema de “qué es la Justicia?” Una idea contra-natura, insisto, artificiosa. ¿Qué sucedería si de pronto dos señoras que están discutiendo sobre un intercambio de zanahorias por naranjas (una le dice a la otra, que le da una zanahoria por dos naranjas, y la otra señora le replique: “¿será eso lo Justo?”. O qué pasaría si cuando usted va a comprar a la feria, compra tres remolachas, y el señor de la feria le cobra ₡200, y usted le dice: “¿satisface esto la Justicia?” “¿200 colones equivalen a tres remolachas o no?” ¿Cómo sé yo que las tres remolachas compensan los 200 colones y a quien las cultivo? ¿Ustedes saben cuánto tiempo hay que esperar para que crezcan tres remolachas? Un montón de días. Uno espera y espera –como en el teatro de Beckett– y nada pasa. Godot nunca llega. Incluso yo he hecho la prueba, siembro una semilla y me quedo viéndola fijamente hasta el momento en que brota y crezca. Unas dos o tres semanas. Una cosa horrible. La conciencia entra en un estado de desesperación y absurdo. Pero, así es la vida: ¡tarda en crecer y es fácil destruir! Hagan ustedes la prueba. Siembren un fríjol y se quedan esperando a que nazca, pero sin dormir, pues de lo contrario el experimento no tiene valor. Ahora bien, imagínense ustedes a un agricultor consecuente. Siembra siete hectáreas de fríjol, y después permanece observando –en el sigilo de la noche– para ver cuándo nacen. Problema realmente agudo éste. ¿Ustedes nunca se dieron cuenta de ese fenómeno? Uno llegaba –cuando era niño, aún con imaginación– y echaba un fríjol o un grano de maíz en una maceta, le ponía la tierra, y entonces la mamá le decía: “Ahora sí, hijo, déjelo ahí”. Y a los ocho días, uno regresaba para verlo. ¿Cuál es la gracia de esto? Uno llegaba, y estaba la plantilla crecida con todo y hojas. ¿Cuál es la gracia? No tiene absolutamente ninguna gracia. Yo por eso, cada vez que siembro un fríjol, entro en un problema ontológico, qué digo: cosmológico, de descomposición total. Tiene que venir mi esposa con un carrito y meterme a la casa, tirándome en una esquina, y luego me dice: “¡Para que se recupere!”. Así es la vida con las esposas.

En resumen: Las situaciones filosóficas, reflexivas, de la inteligencia abstracta, referidas a cuestiones como: el Ser, la Nada, la Conciencia, la Belleza, la Verdad, el Derecho, el Bien, el Mal, no son

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

–valga nuevamente el término– “naturales”. El significado de un término es siempre contextual. Nunca general-abstracto. He aquí la clave de todo lo que he tratado de decirles.

Ahora sí, juguemos en serio: Wittgenstein se percata, aparte de todo lo dicho, de otra idea, y esa otra idea es la siguiente: las personas, cuando hablan sobre los más distintos órdenes de la vida, desarrollan unas ciertas *formas de expresarse*. Tienen un lenguaje particular. Una especie de jerga. Conversen ustedes después de esta clase, sobre cualquier tema, y verán lo que sucede. Se desarrolla inmediatamente –y aquí la situación empieza a tornarse cada vez más interesante– unos *juegos del lenguaje* (*Sprachspiele*, así les llama Wittgenstein) que sirven, se supone, en el proceso de la comunicación cotidiana.⁽⁴⁹⁾ Ahora bien, ¿por qué se habla aquí de juegos del lenguaje? Yo creo que por varias razones, dentro de las cuales se podrían mencionar, a título de hipótesis, algunas:

- En primer lugar, es un juego porque hay ciertas reglas del lenguaje, hay reglas que se cumplen, aunque quienes están jugando no estén plenamente conscientes de ellas en ese momento específico. Sin embargo, no estar consciente de algo no significa que ese algo no exista. En buena medida, el uso diario de las palabras funciona de esa manera: inconsciente.
- En segundo lugar, es un juego en el tanto no se toma con toda la solemnidad, con el aire metafísico respectivo, como sí se toma, por ejemplo, y ya en un plano totalmente artificial y ficticio, la discusión filosófica o teórica tradicional.

¡Es un juego, pues, en ese doble sentido de la palabra!

Ahora bien: vean ustedes lo que pasa con los individuos que están allí, en la conversación cotidiana, en la escena social concreta. Esas personas, a pesar de que están en un *juego*: ¿qué sucede realmente

(49) Al respecto dice Wittgenstein: “Das Wort ‘Sprachspiel’ soll hier hervorheben, dass das Sprechen der Sprache ein Teil ist einer Tätigkeit, oder einer Lebensform.” [La expresión ‘juego del lenguaje’ se usa para resaltar aquí que el hablar un lenguaje es parte de una actividad, o de una forma de vida], *Philosophische Untersuchungen*, § 23.

con la cabeza de ellos? ¿Qué pasa por sus mentes? Lo que sucede es, básicamente, lo siguiente: ¡Ellos se toman ese juego muy en serio! De tal manera que si uno de ellos insiste en no aceptar las reglas implícitas (la “gramática” o “*Grammatik*” del juego, diría Wittgenstein), por ejemplo, yo llego y le digo (para regresar al ejemplo de los perros) a otro individuo: “Muy bien, lo voy a llevar a un criadero de Rottweilers para que usted vea los *enormes* animales que se crían allí.” Llegamos ahí y el dueño del criadero me dice: “Bien. Ahí está.” Y resulta que me quedo viendo al animal y le digo: “¿Pero qué le pasa a usted? Eso es un diminuto perro Chihuahua. No es un “enorme “ animal, como usted me dijo.” Si usted va a un criadero de Rottweilers y le sucede eso: ¿qué opinaría usted del dueño del sitio? Pues simple y llanamente que está loco o fuera de sus casillas. Las reglas del lenguaje, incluso en la vida cotidiana, se toman en serio, en unos contextos más que en otros, pero en serio al fin y al cabo. Esto sucede incluso en el plano del humor y la ironía: ¡Esa es la seriedad del chiste!

¿Qué significa todo lo dicho, en términos de Wittgenstein? Significa, en esencia, que el tipo de juegos que usted lleve a cabo, el tipo de reglas de utilización del lenguaje (la gramática) bajo las cuales usted oriente su conducta, o sea, su juego, condiciona en buena medida –pero no determina finalmente– la *forma de vida* (*Lebensform*) que usted asuma como propia.⁽⁵⁰⁾ Y aquí sí conserva, en buena medida, su valor aquella expresión que Wittgenstein había postulado en el *Tractatus*: “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”. O sea, la forma en que estas personas se comuniquen, las reglas implícitas o expresas que acepten, eso es la forma de vida. El juego del lenguaje es parte de una forma de vida. Esta idea es de máxima importancia.

Acá la situación comienza a ponerse interesante, porque ya hemos llegado a un punto donde se han visto las palabras claves:

- a) *Contexto: Uso en contexto de las palabras.*
- b) *Significado: El viejo interrogante por el sentido de una expresión.*
- c) *El problema de los embrujos del lenguaje.*
- d) *El problema de la gramática del lenguaje.*
- e) *El problema de los juegos de lenguaje.*
- f) *El problema de las formas de vida.*

(50) Por lo tanto, “...eine Sprache vorstellen heisst, sich eine Lebensform vorstellen.” [Imaginar un lenguaje implica imaginar una forma de vida.], *Philosophische Untersuchungen*, § 19.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

Señoras y señores: este es el esqueleto básico de la segunda filosofía de Ludwig Wittgenstein. Su estructura arquitectónica que, como ustedes ven, implica unas pocas ideas, pero cuyas esferas de aplicación son múltiples y diversas. Esa es la grandeza de su filosofía: su gran variedad de aplicaciones, a pesar de las pocas categorías que le subyacen.

Réplicas y contrarréplicas. Pensemos en posibles réplicas a lo que se ha dicho hasta ahora. Alguien podría sostener, por ejemplo: “Mire, yo voy a sembrar todas las plantas tal como usted (que es experto en jardinería) me dice, excepto por un criterio. El criterio (regla en sentido amplio) que no voy a seguir es muy sencillo, muy elemental, a saber: no voy a echarles, a partir de ahora, más agua a esas plantas” Mi respuesta sería: bueno, siga esa regla. Haga lo que le dé la gana. Únicamente, le garantizo que su aventura de jardinería no va a prosperar. Usted será un fiasco de jardinero.

Dicho con otras palabras: Si usted desea formar parte de ciertos *círculos* en la vida social en general, tiene que seguir, precisamente, esas formas del lenguaje y las reglas implícitas que allí dominan. Debo respetar las reglas de la gramática. O para ponerlo de otra forma, la gramática determina el conjunto de reglas que deben seguirse para utilizar, de manera adecuada, en ese contexto específico, esos juegos del lenguaje en cuestión.

Con esta afirmación llego a una **tesis elemental**, básica, pero de unas consecuencias decisivas para la totalidad de formas discursivas, o sea, para la totalidad de las disciplinas del conocimiento humano (incluido, por supuesto el derecho). Esta tesis es, en esencia, la siguiente: Uno habla (se expresa) siempre, señoras y señores, para alguien, para un *auditorio* (como decía un filósofo belga), respetando unas reglas que son válidas y legítimas, en cierto contexto y para alguien. A esto se le debe llamar, en lenguaje wittgensteiniano, *regiones del lenguaje*. Hablar es, en este sentido preciso, un acto eminentemente social, compartido, *gremial* en su sentido más estricto. La ciencia, pero también la brujería, es una actividad grupal, cooperativa.

Traslademos esta tesis al campo de la filosofía, al campo de las eternas preguntas, las llamadas cuestiones inmemoriales e impercederas: ¿Quién soy? ¿Para dónde voy? ¿Qué es la Verdad? ¿Qué es lo Bueno? ¿Qué es lo Justo? O acaso incluso: ¿Qué es el Derecho? ¿Qué es un Delito? ¿Qué es el Dolo? ¿Qué es la Culpa?... Traslademos todo esto,

estas consecuencias arriba expresadas, a la totalidad de lo que conocemos y nos han enseñado a lo largo de los breves años que algunos de ustedes tienen. Las *consecuencias* son –me temo yo– radicales, devastadoras. Uno siempre habla en un determinado contexto, para un determinado *círculo o región* (más o menos pequeño o grande) de hablantes, que utiliza unos determinados juegos del lenguaje y esos juegos del lenguaje reproducen unas determinadas formas de vida. Ahora bien, alguien se planteó después la pregunta, aunque Wittgenstein no exploró esta dimensión específica (pero creo que vale la pena), repito, alguien se planteó la pregunta: Y estas formas de vida: ¿se *comunican* entre sí, unas con otras? ¿Son los juegos del lenguaje trasmisibles de un universo lingüístico (simbólico) a otro? O con otras palabras: ¿pueden aplicarse –*rectius*–: trasladarse, las reglas de un juego lingüístico a otro juego? ¿Las reglas del ajedrez son intercambiables con las reglas del boxeo o del karate? ¿Qué tienen en común unas y otras? ¿O son más bien *incommensurables* unas con otras?⁽⁵¹⁾

Las preguntas parecen, a primera vista, sencillas. Pero la cuestión de fondo es realmente decisiva: las formas de vida que uno tiene, y los juegos del lenguaje que uno cultiva: ¿serán trasmisibles a otras formas de vida y a otros juegos del lenguaje? Puesto en términos más concretos, más gráficos: ¿Será posible que el criador de perros se ponga de acuerdo con el jardinero de rosas percederas? ¿De qué van a hablar? El problema, lo que está en juego en estas preguntas es, señoras y señores, nada más y nada menos que el problema de la *comunicación humana*; es decir, ¿cómo nos comunicamos? ¿Nos comunicamos? ...

¡*That is the Question!* Sucede como en aquella famosa obra de Ionesco, donde en la última escena de la obra, aparece el personaje principal en una habitación. La historia (la cual modifiqué para hacerme entender) es, palabras más palabras menos, la siguiente: Se trata de un Sabio. Una especie de Fausto enloquecido, rabioso, que ha hecho un pacto con el Diablo y que lo conoce todo. Aquí todo significa Todo. Las verdades últimas: el fin de la vida, qué hay después de la muerte, cómo surgió el universo y cómo va a terminar. Repito: aparece el Sabio a

(51) Respecto a este problema en el campo del derecho y de las ciencias sociales en general, conf. mi artículo: “Interdisciplinariedad de las Ciencias Sociales y Jurídicas: ¿Impostura intelectual o aspiración realmente científica?”. En: *Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, No. 113 (III), Instituto de Investigaciones Sociales, San José, Costa Rica, 2007.

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

punto de morir (ya es hora de morir, pues después de saberlo todo hay que morirse o incluso antes, como diría Nietzsche: hay que morir a tiempo, y morir a tiempo casi siempre significa antes de que nosotros consideremos que es a tiempo). Entonces el sabio –que lo sabe Todo– va a comunicar las verdades últimas a la Humanidad y para ello se convocan a los presidentes, a los grandes líderes del mundo, a los grandes académicos y profesores, filósofos, todas las personas importantes: Oscar Arias estaría allí con su gran Ego, parece que el Papa también estaría, incluso Fidel Castro, Hugo Chávez, Madonna, y por supuesto, no podría faltar, Michael Jackson que quiere prolongar su vida por 200 años más. Todo va a ser contestado en esa reunión especialísima y solemne. Todos reunidos en una plaza, frente a la casa del Sabio. Se abre la ventana. El Sabio se mueve con dificultad (¡de tanto peso que tiene el conocimiento!) Va a exponer sus últimas verdades (que serán también sus últimas palabras) y qué hace: ¡Ghrrrrrr! ¡Ghrrrrr! ¡Grrrrrr! Emite un estertor. Un gruñido. Una especie de alarido incomprensible. Momento dramático, patético al extremo. ¡Onomatopeya de la bestialidad!

Damas y caballeros: Las formas de vida son las que condicionan e influyen en los juegos del lenguaje. ¿Cuál es la forma de vida del Sabio? ¿Cuál es el contexto en el que ha construido su conciencia y conocimiento? ¿Cuál es el contexto en que ha vivido y en que ha elaborado su lenguaje, su gramática? Para ponerlo en un plano más sublunar, terrenal (ya no de Sabios, sino justamente lo contrario): ¿Cuál es contexto en que don Oscar Arias, Madona y Michael Jackson han vivido y construido su conciencia a través de los respectivos juegos del lenguaje? ¿Son ellos compatibles? ¿En qué grados?

¡Es imposible meter océanos en cabezas de alfileres! Pero si esto es así, entonces una tragi-comedia se abre antes nuestros ojos: ¿Qué queda de la comunicación entre los hombres? ¿En qué termina la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano? ¿Qué es la declaración universal de los derechos del hombre? ¿Un juego del lenguaje de alguna gente que vive precisamente de eso? Imaginemos lo siguiente: me invitan al palacio de las Naciones Unidas y me dicen “Mire, por favor, quiero que usted nos dé una pequeña charla sobre los derechos humanos”. Entonces yo les contesto: “Voy a hacer un esquemita lo más “aterrizado” posible sobre los derechos humanos” ¿Ustedes creen que estos señores van a compartir lo que ahí se diga? O si lo comparten: ¿Van a sacar las mismas *consecuencias* prácticas que yo saque?

A este respecto, recuerdo una anécdota simpática. Una vez me dijeron: “Venga y hable sobre el tema de la corrupción” y me invitaron a un X país (al parecer muy corrupto). Casi nunca voy, porque esos juegos del lenguaje de las conferencias me parecen tremendamente aburridos, pero, en este caso, se trataba de un amigo cercano; después de la conferencia, es decir después de que había explicitado lo que yo creía sobre el tema en cuestión, tuvieron que ponerme un grupo de policías atrás. ¡Eso es lo que sucede cuando usted no respeta las reglas del lenguaje implícitas en esas formas de vida! ¡Corre peligro, literalmente, de que lo maten!

Por lo tanto, las preguntas realmente fundamentales que hay que hacerse siempre, en los más heterogéneos contextos y situaciones, son las siguientes: ¿En qué nivel de esos juegos del lenguaje me muevo yo? ¿Cuáles formas de vida son las que allí asumo y cultivo? Responderse estas preguntas de manera honesta nos liberará, sin duda, de muchos malentendidos (y hasta de policías).

A partir de lo expuesto uno podría (aunque no tiene que) concluir que la comunidad humana, la convivencia social, el vivir con..., se asienta, en buena medida, en una *farsa* (al menos en el plano de la comunicación). Todo el mundo hace *como si* se estuviera entendiendo en esto y aquello. Pero al fin y al cabo, cada sector de intereses reproduce sus respectivas formas de vida (los científicos, los políticos, los académicos, los artistas, los abogados, los jueces, etc.). Este es un buen ejemplo, me refiero a los jueces: ¿Qué pasaría si los jueces cambiaran su forma (esencialmente normativista y legalista) de expresarse? Imaginemos que de pronto aparece un juez sumamente creativo, un verdadero Ionesco en el campo jurídico, el cual a mitad de la sentencia explota y dice: “Voy a escribir y a describir la situación tal cual yo la veo, más allá de lo que diga la Ley o la Doctrina”. ¿Qué pasaría?... La respuesta la libro a su imaginación.

En definitiva: Los juegos del lenguaje condicionan las formas de vida y las formas de vida condicionan nuestro comportamiento social, las reglas implícitas de protocolo y de convivencia entre las personas. Incluso la teoría marxista –vean ustedes qué curioso (bueno, no es curioso, porque Marx era un hombre que veía cosas extraordinarias)– ha llegado a una conclusión parecida, pero por otras vías. El marxismo dice, en esencia, que todas las personas tienen una *conciencia de clase* (esta es una palabra incluso más gráfica) que no les permite relacionarse abierta y humanamente con individuos que no tienen esa misma

SALAS: Laberintos de la razón práctica...

conciencia. Ustedes los podrán revolver (como gallinas en un gallinero) pero tarde o temprano terminaran picoteándose. Los juegos del lenguaje que aquí se imponen en el nivel de la conciencia, nunca podrán ser del todo, y menos si no se está consciente de ello, evadidos. Siempre van a estar presentes como trasfondo (*Background*) de las relaciones sociales y humanas en general.

Ahora bien, lo explicado (*i.e.*, las relaciones entre los juegos del lenguaje y las formas de vida) no opera de manera *mecánica* o *absoluta*. Hay que considerarlo a la luz de la *historia* de las formas de vida, pues las formas de vida son históricas y sus juegos del lenguaje, su gramática, también. No es exacto decir, pues, que yo adopto una forma de vida de manera absolutamente voluntaria (como si me pusiera una camisa o un pantalón nuevos). No. Yo me construyo históricamente como forma de vida. Al construirme históricamente, esa forma de vida se hace íntima, se encarna, se vuelve mi conciencia.

¿No implica todo esto un *determinismo*?

Puede ser. En cierta medida, aunque no del todo. ¿Se puede escapar de aquello? Y aquí surge la frase –demoledora y devastadora– del señor Wittgenstein, que es, finalmente, una imagen: La tarea nuestra (o de la filosofía), nos dice, el último gran objetivo, es: *enseñar a la mosca a salir de la botella*⁽⁵²⁾ Pero, plenamente consciente de que la mosca no saldrá jamás de esa botella. Y allí, querido público, se entiende porqué este personaje se muere a tiempo, después de haber desarrollado un universo como este y de haber llegado a unas conclusiones como estas. Lo expresado hasta aquí, de manera quizás excesivamente sintética, no se digiere de la noche a la mañana. Es un alimento para espíritus (y estómagos) fuertes. Es un pensamiento contracultural, si por “cultural” entendemos la filosofía del asno y el rebaño. El escenario que queda detrás de esto es desolador, pero a la vez liberador. Esa es la gran paradoja de todo gran pensador (“ver el amanecer –¡o el anochecer!– antes que los demás”) y Wittgenstein fue, indudablemente, un gran pensador.

(52) “Was ist dein Ziel in der Philosophie? – Der Fliege den Ausweg aus dem Fliegenglas zeigen.” [¿Cuál es tu meta en la filosofía? – Enseñarle a la mosca su salida de la botella.] en: Wittgenstein, L., *Philosophische Untersuchungen*, § 309.

Revista de Ciencias Jurídicas N° 120 (41-88) setiembre-diciembre 2009

A todo esto, que es una presentación básicamente conceptual, súmenle ustedes las siguiente características de muchos seres humanos: el egoísmo implícito en diversas y variadas condiciones sociales, la vanidad y la arrogancia infinita (o casi infinita) de las personas, los múltiples e intrincados intereses materiales, la orientación natural a evitar el dolor y buscar el placer, etc., etc. Sumemos todo esto: damas y caballeros, y de allí se obtendrá la tragicómica “*provincia de los hombres*” (encerrada en una “botella” de la que no hay salida...).